

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 23 de la Moda.

1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 28. — N° 882.

Administración general, pasaje Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

La princesa Elisabeth de Wied, prometida esposa del príncipe de la Rumania; grabado. — Estudios literarios: Poetas alemanes del siglo XIX. — Las reuniones electorales en París; grabados. — Revista de París. — Poesías: La flor. — La tarde. — Sucesos de Dalmacia; grabados. — El nuevo teatro de la Opera en París; grabados. — La mujer de los siete maridos, novela original por Julio Nombela. — Viaje á Oriente de S. M. la Emperatriz: Inauguración del canal marítimo de Suez; grabado. — El istmo de Suez; grabados. — Los dos millonarios, por Zschokke, traducido del alemán. — Problemas de ajedrez; grabado. — Historia de las piedras; grabados.

La princesa

ELISABETH DE WIED,

PROMETIDA ESPOSA DEL PRÍNCIPE DE LA RUMANIA.

S. A. I. la princesa Elisabeth Ottilia de Wied, nacida el 29 de diciembre de 1843, y prometida esposa del príncipe Carlos de Rumania, desde el 15 de octubre del año corriente, es hija del difunto príncipe Guillermo Carlos de Wied y de S. A. R. la princesa María Wilhelmina Federica Elisabeth, hija del difunto duque Guillermo de Nassau.

El jefe actual de la casa de Wied es el príncipe Guillermo Adolfo Maximiliano Carlos, hermano primogénito de la princesa Elisabeth, y que debe casarse con una sobrina del rey de Holanda.

La futura princesa de Rumania pertenece á una de las casas soberanas más antiguas que hay en Alemania, teniendo alianza próxima con las casas de los Países Bajos y de Suecia, así como también con las casas igualmente soberanas de Sajonia Altenburgo, de Oltenburgo, de Waldeck de Pyrmont.



LA PRINCESA ELISABETH DE WIED,

Prometida esposa del príncipe Carlos de Rumania

Los desposorios del príncipe Carlos, cuya celebración tuvo lugar el 15 de noviembre en Neuwied, se decidieron con tal rapidez, que todo el mundo se ha sorprendido, sobre todo aquellos que no conocen el carácter un tanto novelesco del príncipe.

Con efecto, el joven soberano de Rumania es aficionado á las resoluciones repentinas y á las sorpresas: es amigo de lo imprevisto.

El modo osado y original que tuvo de posesionarse del trono rumano en 1866, contra las previsiones generales, á despecho de los temores de sus amigos y de las vacilaciones de su propia familia, se ha quedado grabado en todas las memorias.

El matrimonio que está á punto de concluir es otra inspiración súbita, resuelta y ejecutada con igual firmeza.

Mientras los periódicos mejor informados y hasta las personas de su corte, le atribuyen planes de casamiento cuyas ventajas ó contrariedades políticas se complacía él mismo en discutir, el joven príncipe salía una mañana del hotel Bristol, donde se había hospedado en París, y acompañado de M. Strat, su representante en la corte imperial, y el único que estaba en el secreto, se ponía en marcha como para hacer una corta excursión por las cercanías.

Nadie sospechaba nada.

Solo treinta y seis horas después, es decir, cuando volvieron los viajeros, se supo con sorpresa que el príncipe de la Rumania había estado en Colonia, y que había empleado su estancia allí de algunas horas nada menos que en estipular definitivamente el establecimiento de una dinastía en Rumania.

El retrato que damos en esta página es muy parecido, y lo único que tenemos que añadir es que además de los hechizos de su persona, la futura soberana de Rumania posee las cualidades más eminentes del entendimiento y el corazón, y que con la gracia y afabilidad tiene el don de granjearse las simpatías de cuantos se acercan á ella.

R. DE M.

Estudios literarios.

POETAS ALEMANES DEL SIGLO XIX.

Influencias que han preparado el advenimiento de la escuela poética del siglo XIX en Alemania. — Martin Opitz. — Flemming. — Bodmer. — Breitinger. — Klopstock. — Lessing. — Wieland. — Muller. — Seume. — Matthison. — Salis. — Tiedge. — Schubart. — Voss. — Burger. — Goethe. — Schiller. — Uhland. — Gustavo Schwab. — Körner. — Augusto y Federico Schlegel. — Tieck y su escuela. — Zedlitz. — Sonnenberg. — Pyrker. — Schreiber. — Heine, etc.

Una de las tareas que ofrecen mayor dificultad es sin duda la de formar el juicio literario de la Alemania moderna. Las influencias que han producido ó modificado el desarrollo intelectual de aquel país provienen de causas tan diversas, descendiendo, por decirlo así, de tan elevadas cimas, se refieren á trabajos científicos tan poco al alcance de la generalidad, á sistemas metafísicos tan desconocidos del resto de Europa, que la misma madama de Stael, en su admirable *Ensayo*, no ha alcanzado á indicarnos con la debida precisión. La inspiración primitiva, pura, franca, enérgica, sencilla, no puede pertenecer á una nación en la cual el estudio es la felicidad que se ha extendido en todas direcciones y ha penetrado en todas las profundidades; en la cual el análisis del entendimiento humano ha llevado la sutileza de las controversias teológicas á las meditaciones sobre el arte y á la realización de sus pensamientos: nación que encuentra sus mas vivos goces en la contemplación y en las dilatadas tareas intelectuales, que sabe obrar, combatir y mostrar un noble desprendimiento; pero que se mueve con lentitud y que, una vez llevada á cabo la empresa heroica, se reconcentra otra vez en el seno de su meditación predilecta, en la contemplación ideal de todas las producciones intelectuales, de todas las obras maestras que ha sembrado el númeron al través de los siglos.

Si hay alguna influencia especial que haya determinado las tendencias y modificado los colores de la poesía alemana en el siglo XIX, es sin duda la *influencia inglesa*. Este movimiento fecha de los primeros años del siglo pasado, y ha obrado de un modo todo poderoso en Lessing, Herder, Goethe, Schiller y Burger. Ha prestado solidez y realidad á unos entendimientos místicos, vagos é ideales; y aunque el talento germánico se haya abierto nuevas sendas, no ha perdido por esto su carácter primitivo.

Así es que la Alemania de nuestros días puede muy bien pasar por hija intelectual de la Gran Bretaña: Shakspeare ha sido el padre de Goethe y de Schiller; los deistas ingleses han sido los que han abierto el camino á los metafísicos alemanes. La confraternidad de ambas naciones no puede ponerse en duda. Tanto en el uno como en el otro de estos dos pueblos, las producciones intelectuales jamás han servido para el exclusivo entretenimiento de los cortesanos y magnates, sino que en la filosofía, en la elocuencia, en la poesía, se ha visto siempre dominar una inspiración popular y nacional. La imitación del genio romano solo ha obtenido una aceptación pasajera en los pueblos teutónicos y en las islas británicas. Esas flores brillantes, pero artificiales, que las musas de la Ausonia y de la Francia iban á coger en los sepulcros de Virgilio y Teócrito, jamás han podido trasplantarse ni medrar en los antiguos campos de los germanos. La Alemania por largo tiempo ha llevado hasta una vulgaridad tosca ese carácter rudo y popular que distingue su literatura. El fraccionamiento del país, su subdivisión en tantas nacionalidades distintas, la falta de un centro común, las hostilidades mas ó menos abiertas entre suabos, sajones, bávaros y prusianos, han retardado por mucho tiempo el adelantamiento en Alemania, no de la inteligencia, sino de la literatura y de las artes. Mientras la elocuencia se conservaba en su tosca humildad y la poesía se arrastraba por el suelo, los sabios adoptaban la lengua latina como su idioma natural, imposibilitando de esta suerte que la literatura nacional saliese de su pobre esfera.

Lutero, aquel religioso formidable, fué el que á un tiempo destruyó el poder del papa y la tiranía del latín. Sus palabras se dirigían al pueblo, su objeto era la emancipación del pueblo; fuerza era pues que su lenguaje fuese popular. Lutero creó la elocuencia alemana, restableció el imperio del dialecto sajón, sin corregir la trivialidad de la lengua, que era un arma poderosa en sus manos, le prestó todo el calor, toda la energía, todo aquel irresistible atractivo de que antes carecía. « Hablad siempre al pueblo, » escribía á un predicador de sus amigos, « no llamen vuestra atención los magnates ni los hombres instruidos; procurad interesar á las almas vulgares, y las privilegiadas vendrán en pos de vosotros. » La hostilidad de las controversias, que la fuerza de su pensamiento y de su *querer* había amortiguado sin destruirla, renació sobre su tumba con mas amargura y violencia que nunca, sirviéndole de órgano la lengua latina. Entonces cayó de nuevo la literatura alemana en el olvido y desprecio de que no salió hasta el siglo diez y ocho.

En la edad media, cuando los príncipes y guerreros alemanes repetían en la lira nacional, suavizando sus acentos, las inspiraciones heroicas, galantes y caballerescas de los trovadores provenzales, su poesía era enteramente popular, emanaba de la caballería cristiana,

era hija de aquellas ideas que la fe católica habia hecho germinar y florecer en toda Europa, y que habian llegado á ser la propiedad común de todos los cristianos. Hasta la elegancia y cultura que se echaba de ver en los *Minnesingers* suabos, lo mismo que en los cantores de amor meridionales, no venían á ser mas que el natural desarrollo de los símbolos cristianos, el lujo y la florescencia del pensamiento católico. De la misma manera se desplegaban en los arcos de las ventanas y puertas de las catedrales, destinadas á recibir al pueblo, mil adornos fantásticos y caprichosos, cuyo lujo no alteraba la sencillez del conjunto, y que siguen siendo todavía la admiración de nuestra época sin creencias. Un guerrero, un noble, un baron feudal se hacia del pueblo desde luego que era poeta, así como bajaba al igual del aldeano el emperador que se hacia religioso. Enrique, duque de Breslau, y el pobre judío Susskindt eran hermanos de poesía.

Ese brillo caballeresco de la poesía popular apareció como una flor radiante, que no tardó en marchitarse; y no quedó á la musa alemana sino una grosera trivialidad combinada con aquella regularidad mecánica, cuya tradición habia tomado del complicado artificio de los ritmos provenzales. No cabe imaginar época mas curiosa que aquella en que los cortesanos y las clase inferiores, apoderándose de la profesion de poeta, trataron la poesía con una exactitud material, una paciencia á toda prueba, y con absoluta falta de entusiasmo. En Alemania no hubo otros trovadores que los zapateros, carpinteros y albañiles. Al llegar el santo día del domingo, todos los gremios dejaban el martillo, el hacha ó la sierra, y se convertían en academias líricas. No se trataba entre aquellas buenas gentes de inspiración, ni de númeron, sino de hacer rimas exactas, versos perfectamente medidos, de enlace mas ó menos extraño, pero siempre esclavo de diferentes ritmos. Vasallos y pecheros, avezados á la precisión servil del trabajo mecánico, hacían de la poesía una vasalla y una mendiga, que humilde y sujeta á una ciega crítica, media sus odas y sus cantos de amor como mide el zapatero el cuero, el carpintero la madera, y el sastre el paño.

Este trabajo mecánico, aplicado á lo que tiene el entendimiento de mas libre, produjo resultados no menos numerosos que mezquinos. Sin embargo, el pueblo debió á esta circunstancia un vivo deseo de instruirse, cierto desarrollo de sus facultades, y sobre todo ese admirable y fecundo hábito de conceder la superioridad á las ocupaciones intelectuales respecto del trabajo manual. Fué este un gran paso hácia la revolución religiosa que debia obrar Lutero; y si las conquistas de la poesía fueron pocas y de escasa importancia, se aumentaron las riquezas del pensamiento, redobló su actividad, y un terreno tan cuidadosamente preparado se puso en sazón de recibir todas las semillas de una literatura fuerte, grande y original.

A la primera época de los *Minnesingers*, á la segunda época de los artesanos poetas, sucedió la era de una poesía religiosa, mas grave, mas profunda que la primera; mas elevada y mas libre que la segunda, de cuyos cantos han llegado hasta nosotros algunos bellos fragmentos, bien que marcados con el sello de la tosiedad y cubiertos de moho. Todas esas poesías respiran una fe sincera; y si algun lunar presentan, queda de otra parte compensado por dos prendas preciosas, la energía y la sencillez.

En medio de todas estas revoluciones, la lengua alemana habia adquirido flexibilidad; á su riqueza natural habia comenzado á añadir alguna elegancia y pureza. Las luchas del pensamiento y de los intereses habian aumentado su opulencia. La belleza de las composiciones griegas y romanas antiguas habia excitado algunos deseos de imitar, que no fueron muy felices en la ejecución. Esta nueva tendencia preparaba la época clásica, que era imposible que diera fruto alguno hasta despues de la paz de Westfalia, cuando cesase enteramente el estrépito de las armas y mas tranquilos ocios favoreciesen los estudios pacíficos. Así sucedió en efecto, y entonces fué cuando quiso darse á la inteligencia alemana el giro de la elegancia romana y griega; ensayo pesado é infructuoso, pero que sin embargo concurrió á perfeccionar la civilización intelectual de Alemania.

La Silesia, comarca que habia respetado la última guerra, fué donde tuvo su cuna esta nueva musa nacida de dos razas enemigas. Un hombre que carecía de inspiración, pero que habia viajado mucho, y cuyo entendimiento se habia modelado sobre el tipo franco latino de las universidades francesas é italianas, Opitz fué el fundador de la escuela clásica alemana; su estilo didáctico, su afectada elegancia, las amplificaciones retóricas, decoradas por él con el título de odas y diti-rámbos, hallaron bastantes admiradores. A Martin Opitz (secretario del rey de Polonia, y nacido en Bunzlau en 1597) siguieron Andrés Gryphius, Simon Dach, Andrés Tscherning, Roberto Roberthin, Enrique Albert, Cristóbal Homberg, y Andrés Scultet, todos escritores morales, buenos ciudadanos, excelentes padres de familia, pero malísimos poetas.

Esta primera escuela silesiana, que no ha producido mas que un hombre verdaderamente notable, Flemming, dió origen á otra escuela, cuyos dos corifeos, Hoffmannswaldau y Gaspar de Lohenstein, se propusieron introducir en la poesía alemana el florido é inútil lujo de los *conceitti* italianos. La erudición y mérito real de estos dos hombres no fueron bastantes á dar un poco de vida y porvenir á aquella ridícula empresa. Algunos escritores mas sencillos, pero igualmente faltos de númeron, embistieron á los reformadores conceptistas. Gunther, Canitz y Wernichen opusieron su

prosa rimada á las frias extravagancias de sus adversarios. Entre la desnuda pobreza de unos y el falso oropel de que hacían ostentación los otros, ardua se hacia la elección de la musa; así es que abandonó igualmente á todos.

De la imitación latina á la imitación italiana, y de esta á la francesa, no habia mas que un paso. No tardó en apoderarse de toda la Alemania la manía del estilo francés; la honradez y gravedad nacional se dedicaron á parodiar pausadamente la fatuidad de los marqueses. El madrigal se extendió por las márgenes del Mein y del Spree, y la lengua teutónica se corrompió bajo el poder de algunos mezquinos reformadores. Remedóse con poca gracia la ligereza y la elegancia. Gottsched, nacido en 1700 y profesor en la universidad de Leipsick, debió su celebridad al calor y constancia con que apoyó y propagó este movimiento. Anatematizaba todo lo que no era francés; hizo una guerra encarnizada á Polichinela, porque era italiano; sus demostenianas declamaciones contra un teatro de Berlin, en que el jorobado bufon representaba sus divertidas farsas, son uno de los monumentos mas curiosos de crítica literaria. Tanto la escuela italiana como la clásica le parecían condenables; no reconocía mas modelo que la versificación francesa. Crítico sin poesía, solo veía en el arte una cosa material, un ejercicio de paciencia. Sus ataques contra el mal gusto de los *conceitti* eran razonables y útiles, mas su bello ideal político solo se reducía á la corrección del estilo y á la pureza de la expresión.

El primer destello de verdadera reforma en la poesía alemana debia salir de un país donde se ha honrado siempre á la naturaleza; tan grandiosa es allí, variada, poderosa y sublime. Hasta el siglo diez y ocho habia permanecido en estado de decaimiento la poesía alemana envuelta en sus pedantescas mantillas. Dos suizos, Bodmer y Breitinger, ambos nacidos en Zurich, el uno en 1698, y el otro en 1701, despertaron el sentimiento de las bellezas naturales y el deseo de expresarlas con candor y energía. La moralidad suiza, que arreglaba su conducta y que reinaba en su alma, ocupó el lugar preferente en el código poético trazado por ellos. Desconocieron el verdadero objeto de la poesía, y la miraron tan solo como el órgano é intérprete de la fe religiosa y de las virtudes domésticas. Los poetas ingleses les ofrecían nobles ejemplos de poesía moral; y en efecto, las obras maestras de Spencer, Gray, Milton y Collins fueron en donde tomaron sus nuevas instituciones. Arrastrada de reforma en reforma, llevada de exceso en exceso, la musa alemana pronto abandonó la fría corrección de Gottsched por una versificación escabrosa, pesada y sin gracia, grosero y desaliñado traje con que se cubrían los pensamientos mas morales. Estos nuevos reformadores proscibían la rima, consideraban la pasión como en extremo peligrosa y se apresuraban á sacrificarla en las aras de la moral, despreciando la belleza de la forma, tan esencial en todas las artes. El partido de Gottsched resistió por mucho tiempo y fué vencido; pero á la escuela de Bodmer no se le ofrecía mucho camino para andar. No tardó en presentarse una escuela ecléctica, la cual, recogiendo, en las diversas tendencias de que acabamos de hablar, todos los elementos de porvenir y de fuerza que podían concurrir á una reorganización literaria, dió vigoroso impulso á la inteligencia germánica. De esta época fecha el triunfo de la poesía alemana.

Esta época es la de Klopstock, Gellert, Mendelssohn, Gleim, Uz y Halegorn; ocupa todo el espacio que media desde 1721 á 1765; es á un tiempo moral como la de Bodmer, respetuosa hácia la antigüedad clásica, amante de la corrección como la literatura francesa y empapada en un sentimiento religioso. Honranla dos nombres grandes, el de Haller y el de Klopstock. En torno de los dos escritores ilustres que acabamos de citar, se agrupan Cramer, Ebert, Caertner, Gellert, Gisecke, Kaestner, Rabener, Schmidt, Goetz, Lange, Pyra, Ramler, Kleist y Sulzer. Una parte de sus producciones carece de originalidad, y hasta en la misma *Mesiada* de Klopstock nótese frialdad y monotonía. El período siguiente despidió un brillo aun mas vivo; de 1765 á 1800, ensanchóse el horizonte poético, y la literatura alemana llegó á su siglo de oro.

Lessing echó las bases de aquella crítica profunda á la cual ha debido despues la Alemania su gloria asombrosa. Wieland, talento delicado y fino, dotado de la facultad de comprenderlo todo, introdujo en la literatura alemana la imitación del Ariosto y el culto de Shakspeare. Echóse de ver entonces todo el valor de la sencillez, de la naturalidad y de la pasión; tal vez Burger, los dos Stolberg y Voss, que componían lo que á la sazón se llamaba reunión de Gotinga, tal vez, digo, llevaron sobrado lejos el anhelo de parecer sencillos en sus composiciones. Pero no importa; estaba cercano el momento de la aparición de dos astros que debían eclipsar á todos sus rivales y cuyo brillo nadie ha oscurecido hasta ahora, Goethe y Schiller. La Alemania entera recibió desde luego con entusiasmo las inspiraciones de estos dos grandes poetas, y hoy día vive bajo sus leyes. Por este mismo tiempo se presentó en la escena otro ingenio, aislado, solo que despedía una extraña claridad, y al cual su grandeza y sus defectos hacían superior á todo elogio y á todo vituperio, poeta que no ha escrito mas que prosa, misterioso y sublime creador de obras informes: el distinguido Juan Pablo Federico Richter. Asombró al mundo intelectual sin ejercer sobre él la menor influencia; tan escasa era su analogía con cuanto existe, piensa ó escribe.

Despues de época tan fecunda, verificóse una nueva

revolucion en la literatura y la poesía de Alemania. Al esto entusiasta de Schiller, á su idealismo moral que deificaba al hombre por el ejercicio de la virtud y el sacrificio de sí mismo, al númen panteísta de Goethe que se acomodaba á todas las reformas, se prestaba á todas las modificaciones, dos hermanos, novadores atrevidos, hicieron suceder, como fuentes de inspiración, el simbolismo cristiano, el romance de la edad media, la fe católica y sus ardores místicos. Augusto y Federico Schlegel, auxiliados por madama de Stael, se propusieron engertar en el árbol teutónico los ramos de aquella vegetación antigua y nueva; favorecieron las circunstancias, y singularmente la gran lucha con Bonaparte, la cual recordó á los germanos todas aquellas ideas de guerra, de heroísmo y de coligación armada que habían prevalecido en la edad media. Tieck apoyó los esfuerzos de los dos hermanos, y aunque haya ido debilitándose por grados, está muy lejos de haber desaparecido enteramente la influencia mística de aquellos tres escritores. Si alguna tendencia nueva se deja sentir en Alemania, es hácia el materialismo del pensamiento, hácia la expresión sensual: mas no es tan fuerte su impulso, no es tan pronunciada su marcha, que nos atrevamos á predecir sus futuros destinos, la acción real que le está reservada.

Después de este rápido bosquejo de las vicisitudes de la poesía alemana, procuremos determinar de un modo fijo el lugar respectivo de los ingenios que han brillado en el siglo XIX, clasificación que presenta mas de una dificultad al analizador concienzudo. Hemos visto ya cuál es el número y la variedad de los arroyos que han ido á desaguar y perderse en este océano poético. En el confin que separa á los dos siglos, aparecen algunos talentos distinguidos que han recibido la influencia y en que se echa de ver el reflejo de las escuelas precedentes: tales son Voss, Burger y Schubart, cuyas obras, aunque cuajadas de defectos, no serán con todo entregadas al olvido. Todas ellas respiran emociones fuertes y sinceras: Seume, Muller el pintor, Matthison y Salis deben agregarse igualmente al grupo de poetas que hemos citado, como tambien Tiedge. Matthison y Salis pertenecen á aquella escuela sentimental y analítica que el amor de la naturaleza, predicado por Rousseau y cantado por Thompson, y el espíritu de familia introducido por las novelas iglesias, hicieron renacer en Alemania.

Muller y Seume, mas originales é incompletos, llevaron una vida muy singular cuyos accidentes é irregularidad perjudicaron al desarrollo de un talento verdadero. La adversidad persiguió á Seume, el cual, nacido en Sajonia en 1763, después de haber concluido sus estudios teológicos, pasó á Francia. Mas antes de llegar á Paris, cayó en manos de unos reclutadores del país de Hese, los cuales le embarcaron para América. A su regreso, le sucedió el mismo accidente; su costumbre de viajar á pié le exponía á tales peligros, muy frecuentes en aquella época. Los autores de la segunda leva eran prusianos. Rescatado por un vecino honrado que se compadeció de su situación, Seume obtuvo el grado de teniente al servicio de Rusia, y la protección especial de Catalina II le hacia esperar un porvenir mas risueño, cuando la muerte de esta princesa destruyó todos sus planes de fortuna. Volvió á Leipsick, corrigió pruebas en una imprenta, dió algunas lecciones públicas, y por último murió en la mayor indigencia en 1810. Todas sus poesías, admirables por el sentimiento y la expresión, respiran la mas amarga misantropía. Sin embargo, sus obras mas notables é interesantes son la *Historia de su Vida (Mein Leben)* y el *Paseo á Siracusa*, compendio de un viaje hecho á pié por toda la Sicilia. La suerte ha sido constantemente contraria á Seume, el cual es acreedor á mayor reputación que la que ha alcanzado aun después de su muerte.

Matthison, á quien tan amargamente han censurado las escuelas modernas, es un poeta sentimental, las mas de las veces afectado, cuya nombradía, exagerada durante su vida, ha sido harto rebajada después de su muerte. Las mujeres y los cortesanos le habían tomado bajo su protección; críticos, sabios y reformadores lo condenaron al olvido. Injusticia frecuente, calamidad á que tienen que resignarse los mas de los escritores á la moda. Su lira es un instrumento de oro y nácar, y las cuerdas que resuenan bajo sus dedos son cordones de seda. No canta mas que recuerdos, la melancolía, la ternura. Sus producciones, si bien tienen alguna gracia, carecen de calor y de númen, pero en cambio presentan una delicadeza refinada, una versificación trabajada con tal esmero que muchas veces se aparta de lo natural. Nada mas extraño que aquella melancolía coqueta, aquella sensibilidad engalanada, aquel dolor que quiere que le admiren. Matthison vivió sobrado tiempo en los palacios; mas de una anécdota pudiéramos referir en prueba del influjo que en él ejerció el estado de cortesano, del ascendiente que sobre su inteligencia tomó esa vida facticia, y de la adoración absurda que tributaba á los grandes de la tierra. Guillermo Muller, uno de sus amigos, fué á verle en Stuttgart; á la sazón era bibliotecario del príncipe hereditario de Wurtemberg.

— Este príncipe, dijo Matthison á Muller, ofrece las mayores esperanzas.

Y por espacio de media hora estuvo ponderando á su amigo las virtudes de Su Alteza.

— ¿Qué edad tiene ahora el príncipe? preguntó Muller.

— Un poco mas de cuatro años, respondió Matthison sin inmutarse.

Severo por otra parte con sus cofrades en poesía, y

siempre protegido por los príncipes, tuvo que hacer frente á los ataques de una crítica inexorable cuyos fallos toca á la posteridad reformar. En cuanto á la dulzura de la versificación, á la gracia de los pormenores y á la pureza de estilo, ningun poeta aventaja á Matthison.

Salis se parece mucho á su amigo Matthison; sin tener tanto brillo ni corrección como él, se distingue por una naturalidad, por una verdad que merecen elogios. Algunas de sus canciones conservan aun toda su popularidad.

Federico, Muller y Tiedge son en el día casi tan completamente olvidados como Matthison y Salis: olvido injusto. Las filas del ejército poético se han estrechado de tal modo, que es imposible conservar ya en la memoria el nombre de todos los combatientes. Federico Muller, apellidado *el Pintor*, nació en 1750 en Kreuznach, y comenzó formándose una reputación regular como dibujante y grabador. De carácter extravagante y melancólico, entregado á los caprichos de su imaginación calenturienta, logró la buena acogida que le habían dispensado, y hasta su talento; después de una larga permanencia en Roma, se cansó de la pintura y se dedicó á la poesía. El númen, la imaginación, la vehemencia, la sublimidad son dotes que distinguen todas sus producciones; solo que con harta frecuencia se le ve tomar en ellas la extrañeza por la novedad, la aspereza de la fuerza, y la actividad por la sencillez. Algunas de sus canciones, entre otras la *Despedida del Soldado* y sobre todo sus idilios *Ulrico de Cosheim*, *la Esquila de las Ovejas* y *el Día de las Avejallas*, son admirables. A la sencillez de Voss reúne mas estro, mas entusiasmo, un sentimiento en realidad mas poético. Ha escrito tambien un *Faust*. Esta apoteosis y escarnio de la ciencia al propio tiempo, esta tradición metafísica y profunda tuvo una aceptación extraordinaria en Alemania. Wagner, Klinger, Goethe y Muller han tratado sucesivamente este asunto. Tiedge publicó hace ya algunos años, un poema bastante singular (*la Vida es una Feria*), pertenece á la escuela antigua: táchasele de sobrado frío, de un tono didáctico y de una corrección harto sostenida; pero por otra parte en sus versos, que sobrevivirán á muchos que ahora son universalmente admirados, hay candor, fuerza, moralidad y sentimiento. No pocas veces la sutileza de las deducciones se mezcla con el profundo é ingenioso atractivo de su poesía; nunca la pintura de las pasiones le lleva mas allá de los límites que debe respetar el moralista. En su *Urania*, canta á Dios, la libertad, el espíritu humano; su elegía sobre la batalla de Kunersdorff es una obra maestra. Nacido en 1752 cerca de Magdeburgo, fué por mucho tiempo preceptor de algunas familias distinguidas.

Acompañó en sus viajes á la célebre Elisa von der Recke, de la que no se separó mas. Ella le alojó en su mismo palacio en Dresde, y antes de morir, dispuso por una cláusula especial que el orden establecido en su casa no se alterase en lo mas mínimo, mientras viviese su amigo Tiedge; que fueran los mismos los días de recepción, que Tiedge continuaria como antes admitiendo convidados en su mesa y dando audiencia en su habitación á los jóvenes literatos que carecían de apoyo. Cláusula interesante que ha sido respetada; Tiedge subsiste aun en el palacio de Elisa von der Recke, rodeado del aprecio y veneración pública.

La historia literaria ha olvidado casi enteramente el nombre de un escritor que, por la franqueza y ardor de sus inspiraciones, ha sido el precursor de Schiller, de Goethe y de Uhland; músico y poeta, dotado de númen, mas desgraciado que el Taso y el Dante, víctima de sus pasiones, de su franqueza, de su vehemencia é indiscreción; carácter noble que no podemos menos de compadecer, aun al censurarlo, y al que nos sentimos inclinados á consagrar un recuerdo. Cristiano Federico Daniel Schubart nació en Obersheim, condado de Limpurg en Suabia, el día 20 de marzo de 1739; dedicóse desde muy jóven á un estudio constante, mostró una inclinación mas fuerte que sostenida por la literatura y una ardiente pasión por la música, su existencia fué en extremo disipada. Sucesivamente organista, preceptor, maestro de niños, profesor de música y subdirector de la orquesta de un teatro, anduvo corriendo el mundo, fué eclesiástico; tan pronto se le vió vestir los hábitos clericales como el traje de hidalgo; compuso cantos religiosos á los cuales su belleza ha preservado del olvido; abandonóse á la caprichosa pasión que le habia inspirado una mujer pérfida, gimio en una cárcel, lanzó sátiras en verso y prosa contra los empleados de una ciudad alemana, escapóse de su prisión con solo cuatro sueldos en el bolsillo, diólos á un mendigo y fué á vivir ó mas bien á morir con una prolongada agonía en los caminos públicos. ¡Desventurado Schubart! ¡qué existencia! ¡cuántas faltas, cuántos motivos de arrepentimiento! ¡cuán triste recompensa para un esclarecido talento! Comenzó la publicación de su *Crónica alemana*, atrevido periódico en que hacia rechifla de los jesuitas, de la nobleza y de los autores; todas sus sátiras iban dirigidas contra el vicio y eran dictadas por un alma excelente. Pero ataques tan indiscretos le llevaron á una cárcel en que estuvo nueve años y cuya historia ha escrito, habiendo compuesto en ella la mayor parte de sus patéticos himnos religiosos.

Así que llegó el instante de la libertad tan anhelada, Schubart, á quien sus conciudadanos concedían un tardío aprecio, volvió al regazo de su familia, y recibió los consuelos de su esposa, cuya virtud, fidelidad, resignación y constancia son dignas de los mayores elogios. Pero la felicidad debía ser igualmente funesta al poeta

que la desgracia; el repentino tránsito de una existencia trabajosa y llena de angustias á una vida de lujo y de placeres le causó la muerte: apenas sobrevivió al momento en que le fué devuelta su libertad. Como poeta y como músico, ha dejado un glorioso recuerdo en la historia de las artes alemanas. Su canción del *Sastre*, su *Judio errante*, sus *cantos suabos* y sus himnos religiosos, que los alemanes cantan todavía en sus templos, han preparado con su naturalidad y fuerza la nueva era de poesía que acata como á sus soberanos á Goethe y á Schiller.

Juan Enrique Voss ejerció igualmente la mas activa influencia sobre su patria; enseñó á los alemanes las verdaderas fuentes de su prosodia. Aunque la poesía verdaderamente tal le era del todo extraña, á lo menos conocia á fondo la arquitectura (disimúleseno esta atrevida expresión) de la versificación germánica. El hexámetro alemán era desconocido antes de Voss. El mismo Goethe recibió lecciones de este escritor ilustre, filólogo distinguido, erudito profundo, el cual sostuvo con tesón una prolongada lucha contra las opiniones católicas, cuyo renacimiento llenaba de terror al protestantismo alemán. Nació en el Mecklemburgo en 1751, y murió en Heilderberg en 1826. Sus traducciones de Hesíodo y Homero son admirables por su naturalidad, sencillez y energía. Solo puede tacharsele la aspereza de la versificación. Voss llevó sobrado lejos, en su *Imitación de Horacio*, aquel sistema de traducción literalmente atrevida, pero á menudo infiel al genio de la lengua alemana, sistema que habia adoptado y sostenido. Aun fueron mayores los inconvenientes, cuando emprendió la traducción del Shakespeare, é intentó luchar sin ventaja alguna con los Schlegel, adversarios terribles. En su traducción procuró conservar, no las bellezas, sino las extrañezas del original, abultadas aun con la transformación, é ininteligibles en un idioma extraño.

Si el númen de Shakespeare hubiese podido sucumbir, Voss hubiera llegado á desacreditarse en Alemania. Mas esta empresa, en que tuvo por ayudas y colaboradores á sus dos hijos, no impidió que el genio del dramaturgo inglés fecundase el terreno intelectual de la Germania. Voss fué mas feliz en otro género de poesía rústica, candorosa y elegiaca. Su *Luisa* agrada siempre á los que no sean incapaces de sentir los afectos domésticos y las emociones naturales; pero aquella patética sencillez que está lejos de desechar la poesía, no se eleva en Voss á grande altura. Entregóse nuestro poeta á una violenta polémica, cuando vió al catolicismo volver á levantar la cabeza, y á sus mejores amigos, entre otros al conde Federico de Stolberg, abandonar el campo protestante y profesar altamente el misticismo. Algunos de los nuevos católicos, cuya conversión colmó de tristeza los postreros años de Voss, recuerdan todavía haberle visto en el umbral de su rústica morada, con las manos extendidas en señal de anatema, su blanca cabellera tendida sobre la espalda, los ojos inflamados y temblando de cólera, y persiguiendo con sus imprecaciones bíblicas á los renegados que se atrevían á visitarle. Asegúrase que el conde de Stolberg murió de pesar, después de haber leído un virulento folleto que Voss escribió contra él.

(Se concluirá.)

Las reuniones electorales en Paris.

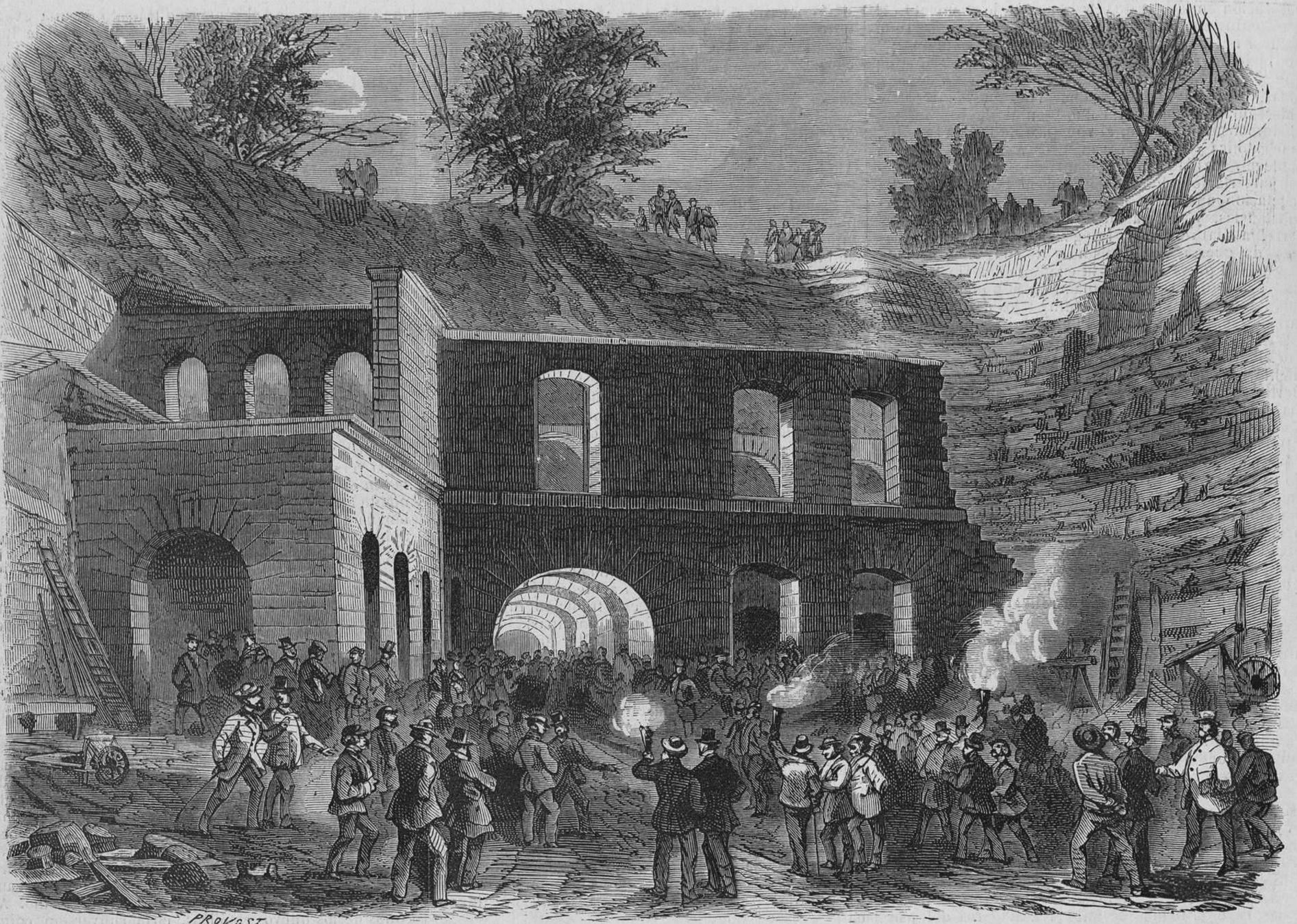
Las reuniones públicas de la 1ª circunscripción del departamento del Sena, han ofrecido un carácter excepcional y extraño, por lo cual necesitamos dar aquí algunas explicaciones para que se comprendan las escenas que reproducimos.

Delante de Rochefort, el irreconciliable por excelencia, desaparecieron los dos competidores que hasta su llegada de Bélgica se disputaban los sufragios. Cantagrel, cuyo retrato damos en el medallón del comité Rochefort, pronunció un discurso admirable. Durante mas de ocho dias las sesiones del comité parecieron otras tantas conferencias hechas con talento por los oradores cuyos retratos publicamos. El presidente era el ciudadano Milliere, hombre de claro entendimiento y que es siempre dueño de su palabra.

M. Lissagaray, redactor en jefe de *la Reforma* es un hijo legítimo del Mediodía: su período es armonioso, su dicción abundante, su fraseología opulenta. Mas sobrio, se parecería á Luis Blanc, aunque no tiene su ciencia de historiador, ni su experiencia de filósofo.

M. Gaillard es de Nimes. Sus epigramas son incisivos; pero á veces su fraseología los ahoga. Su enemistad contra Gambetta le ha hecho célebre. Nombrado primer asesor de Gambetta en la reunión de Folies-Belleville, se niega á sentarse al lado del diputado por Marsella.

En las reuniones donde se encuentra Rochefort el entusiasmo es inmenso, inaudito, indescriptible. Los electores que sacan de su bolsillo una cerilla para leer mejor su profesión de fe ¿se guiarán el día del escrutinio con la luz de su famosa *Linterna*? Los que trepan á lo largo de las columnas para ver mejor, escoltarán á Rochefort con sus aclamaciones nocturnas hasta los bulevares? Allá veremos. Rochefort habia ido á Londres en comisión para decidir á Ledru-Rollin á que viniera á Paris y se presentara en las reuniones públicas como candidato; pero volvió diciendo: « que Ledru-Rollin no se hallaba á la altura de la situación. » Nuestro



Las elecciones de Paris. — Reunion en las antiguas canteras de Puteaux, el 12 de noviembre. — Aspecto de la entrada de las canteras antes de la sesion.



Las elecciones de Paris. — Aspecto de la reunion durante la sesion.



ALBIOT

Rochefort en la tribuna.

Como se llega a las tribunas.

Lectura de una profesion de fe.

ROCHET CANDIDATO

GALLARDI PERE

SANTAGREL

Llegada del candidato.

Un adversario de Rochefort.

Las elecciones de Paris. — Reunion pública en La Chapelle: candidatura de M. Rochefort.

dibujo le representa en el momento en que hace esta declaración á los electores.

Pasemos á otro teatro.

Las elecciones de la 8ª circunscripción parecen combinadas para formar contraste con las de la 1ª. Aquí todos los candidatos se presentan como buenos demócratas.

El viernes 12 de noviembre á las ocho de la noche los comités de las afueras convocaron á los electores rurales en una cantera, cuya entrada está en el bulevar del Emperador, cerca de la plaza de Courbevoie.

Muy luego nos encontramos en una especie de camino hondo que seguían miles de electores. La oscuridad era completa. Solo la luna alumbraba débilmente el camino por el que iba entrando una oleada viva de ciudadanos para buscar en las canteras abandonadas las verdades necesarias á los que no abandonan el surco de la democracia.

En el fondo se distinguía un pálido resplandor. Por fin vemos una entrada rodeada de agentes de policía. Se penetra en la galería principal por una puerta provisional hecha con tablas, y luego se halla un pinto: resco vestibulo.

La multitud se ahoga en ese sitio, verdadero desfiladero de las Termópilas patrióticas. La galería principal tiene cien metros de larga y baja hasta una especie de plazoleta donde se levanta la tribuna llena ya de ciudadanos electores. Herold es el más joven y festivo. Arago es un orador solemne.

Gent no cultiva el género ruidoso. Arago tiene el cabello blanco, y se parece á Luis XVI. Hay en la historia analogías muy extrañas.

Después de los discursos que en aquellos subterráneos tenían entonaciones extrañas, la multitud comenzó á desfilarse por en medio de una doble hilera de luces. Nada notable tenemos que señalar aquí, sino es que los competidores de Arago, contaban muchos adversarios entre la concurrencia.

W. DE F.

Revista de París.

La política no abandona el campo, se ha apoderado de la situación y parece ser que no quiere soltarla fácilmente. Ya, sin embargo, se han hecho las segundas elecciones, y se ha visto que no han traído consigo aquellos desórdenes que hubo en las primeras. Los parisienses se limitaron en la noche del lunes á hacer un consumo colosal de diarios para saber cuanto antes los resultados de la elección, y á la hora de costumbre se retiraron apaciblemente. Pero no por esto la conversacion general varía de asunto. Se discuten los méritos de los favorecidos por los sufragios, y se espera el día, próximo ya, en que tendrán que demostrar sus talentos y cumplir sus compromisos con los electores ante la asamblea. En suma, las noticias de actualidad, pertenecen puramente al orden político.

¡Las noticias! Siempre los parisienses se han distinguido por su afición á ellas. Estos últimos días M. Gidel, que hacia una conferencia en la Sorbona sobre este asunto, lo demostraba así, trazándonos un bonito cuadro de costumbres del siglo XVII.

Habia entonces lugares fijos y públicos, donde se reunían los noticieros y los charlatanes políticos.

Era en el claustro de los Celestinos, reunion de gente de iglesia, en el Puente Nuevo al pié del caballo de bronce, círculo popular, en los Grandes Agustinos, no lejos de aquel puente, otra asamblea donde se leían papeles, en el Palacio de Justicia, lugar célebre y privilegiado para la trasmision de todos los rumores interesantes, etc., etc.

A esto hay que añadir las tabernas y las barberías, donde se encontraba ya una hoja de noticias á cuyo beneficio mataba el tiempo el parroquiano mientras le llegaba su turno.

Cuando uno de los noticieros conocidos y respetados leía paseándose una carta ú otro papel manuscrito, al punto se veía rodeado de curiosos que impedían su paseo y le obligaban á darles cuenta de lo que ocurría.

Si estaba sentado se formaba en su derredor otra agrupacion que se aumentaba incesantemente, y de boca en boca pasaban las noticias hasta llegar á los que se encontraban mas distantes.

A veces un hombre atravesaba osadamente por en medio de la apiñada multitud para acercarse al centro de las noticias, fingiendo en esto un interés particular para que le tomasen por un hombre de Estado.

Y la autoridad de aquellos noticieros era absoluta: todo el mundo creía, como el Evangelio, lo que decían, y si habia alguno que se reía ó ponía en duda lo que se estaba diciendo, corría un peligro inminente.

En este apuro se vió un pobre normando.

El buen forastero no quería creer lo que decía uno de los venerables, y se burló; pero inmediatamente se levantó contra él un clamoreo general y agitaron la cuestion del castigo.

Con efecto, se decidió arrojarle al pilon de una fuente, y como tratara de escaparse, sus jueces le persiguieron á pedradas, y lo habria pasado muy mal si dos guardias del duque de Orleans no le hubiesen salvado, fingiendo que le

prendian para imponerle la pena que habia merecido.

Muchos de estos noticieros tenían parientes, amigos y corresponsales en los países extranjeros, los cuales les escribían cartas y les noticiaban hechos desconocidos en otras partes.

A veces entablaban conocimiento con los amigos de los ministros, que descubrían los secretos de la diplomacia, así como también tenían relaciones cerca de los embajadores y de los banqueros de Holanda. Por estos conductos sabían antes que nadie las nuevas interesantes.

Luego habia los círculos de los noticieros elegantes, que se situaban en los jardines de Tullerías.

Principiaban las reuniones en el palacio Real, y cuando aquí se habían repetido hasta la saciedad las crónicas del día, pasaban los noticieros á aquellos jardines.

Principiaban por dar la vuelta á la avenida principal, y luego se retiraban debajo de los olmos de la orilla del Sena, y allí se recapitulaba todo lo más importante que se habia dicho durante el día en el Palacio Real, en el Luxemburgo, en el Arsenal, en los claustros y en los principales círculos parisienses.

Hé ahí la pintura de costumbres que con tan gracioso colorido nos trazó el orador de la Sorbona.

En el día ¡cómo ha cambiado el cuadro! Allí donde se reunían los noticieros que, á costa de tantos artificios buscaban noticias en algunas cuantas ciudades, encontramos hoy puestos de periódicos, en los cuales podemos leer por tres sueldos los despachos del día que la telegrafía eléctrica nos trae de los centros principales del mundo.

Pero á todo esto echamos de ver que nosotros también cedemos á la pasión dominante, y que de un modo ú otro nos ocupamos en cosas políticas, asunto que naturalmente se halla excluido de estas crónicas.

Nuestra excusa está en que por una parte es la preocupación de hoy, y que por otra no da aun señales de vida la sociedad parisiense.

Cierto es que ya muchos de los viajeros han regresado á París; pero todavía no se ha inaugurado la estación de las fiestas. Las reuniones que se verifican tienen todas un carácter íntimo, y si alguna distracción hay en ellas es la música.

Con efecto, desde hace años ya se observa en París esta inclinación filarmónica que, casi podríamos decir, ha reemplazado á la afición antes tan general á las cosas literarias. En lugar de comedias, se ejecutan hoy conciertos en los salones. Luego los pianistas abundan de tal modo que no pueden reunirse seis personas sin que alguna de ellas no conozca el teclado de Herz ó de Pleyel. Así es que con la mayor facilidad se organizan los conciertos.

La música mas en boga es la de Alemania, y cuanto mas antiguo es el maestro, mas partidarios cuenta entre los parisienses. Los italianos están en baja, por no decir que se hallan completamente arrinconados. ¡Es tan poca cosa Bellini para uno de esos ejecutantes de la escuela de Listz, que necesitan un laberinto de complicadas armonías! La música clásica es, pues, el caballo de batalla de los filarmónicos que se lucen en los salones. Haydn, Mozart, Beethoven, esos son los genios privilegiados. Grandes, sublimes genios, sin duda, y que admiramos como el que mas en un concierto del Conservatorio, ó cuando interpreta sus obras inmortales un verdadero artista que comprende y sabe expresar las incomparables bellezas que contienen.

Lo que ha caído en desuso es la romanza. Las operetas modernas han sepultado la antigua romanza que durante largos años hizo las delicias de los salones parisienses. Hubo algunas que se vendieron á ochenta y cien mil ejemplares. No deploramos la pérdida, y sobre todo, no deseamos que vuelvan á salir jamás de la tumba en que yacen.

Y sin embargo, habia hombres de talento como Paul Henrion, Clapison y otros que se consagraron á la producción de romanzas, y que encontraron en su profesion honra y provecho, como sucede siempre que se sigue á ojos cerrados la corriente de la moda.

No fué así su contemporáneo Berlioz, compositor concienzudo, de vasta inteligencia, aunque no acertó á producir una de esas obras que agradan igualmente al hombre científico y al vulgo, y se hacen populares.

M. E. Mathieu de Monter, está publicando hace unos meses en la *Gaceta Musical* un interesante estudio biográfico y crítico de M. Berlioz, que es el trabajo mas completo que conocemos acerca de este maestro.

En la época reciente todavía de su fallecimiento, expusimos nuestra humilde opinion sobre sus obras, y no nos proponemos insistir hoy en este punto por mas que las ideas del citado articulista difieran de las nuestras; pero es el caso que hallamos en sus apuntes una historia completamente desconocida, la de la ejecución de la SINFONÍA FANTÁSTICA de Berlioz en el Conservatorio, que es toda una historieta muy propia de la crónica.

Era el 9 de diciembre de 1832, y la sala de los conciertos habia reunido una numerosa concurrencia.

El mismo Berlioz habia vuelto de Roma para asistir á la ejecución de su sinfonia, la cual no era otra cosa que la historia que le habia inspirado una actriz inglesa llamada miss Smithson.

La obra se titulaba EPISODIO DE LA VIDA DE UN ARTISTA, y su argumento era el siguiente, que traducimos al pié de la letra del programa.

En la primera parte (Ilusiones y Pasiones), supone el autor que un joven músico afectado de esa enfermedad moral que llaman «vaguedad de las pasiones,» ve por primera vez á una joven que reúne todos los hechizos del ser

ideal que soñaba su imaginación, y de cuya mujer se enamora locamente.

Por una particularidad muy extraña, nunca se presentaba la imagen adorada en la mente del artista, sin que la acompañara un pensamiento musical, en el que hallaba envuelto cierto carácter apasionado; pero noble y tímido como el que se presta siempre al objeto amado.

Este reflejo melódico con su modelo, le perseguían sin cesar como una doble idea fija.

Tal es la razón de la aparición constante en todas las piezas de la sinfonia, de la melodía que comienza el primer ALLEGRO.

El argumento de la primera pieza es la transición de este estado melancólico, interrumpido por algunos accesos de alegría sin motivo, á una pasión delirante, con sus arranques de furor y de celos, sus reuiscencias de ternura, sus lágrimas, etc.

En la segunda parte (un baile) el artista se coloca en las circunstancias mas diversas de la vida, en medio del tumulto de una fiesta, en la apacible contemplación de las bellezas de la naturaleza; pero siempre, lo mismo en la ciudad que en el campo, la imagen querida.

La tercera parte es una escena campestre.

Encontrándose una tarde en el campo oye á dos pastores que cantan un dúo pastoril; y tanto este dúo, como el lugar de la escena, el ligero murmullo de las hojas de los árboles suavemente agitadas por el viento, y algunos motivos de esperanza que ha concebido últimamente, todo esto contribuye á dar á su corazón una tranquilidad inusitada y á sus ideas un colorido mas risueño. Reflexiona acerca de su aislamiento... y cuenta con que muy luego ya no estará solo... Pero ¡y si ella le engañara!... La mezcla de esperanza y de temor, las ideas de felicidad turbadas por algunos siniestros presentimientos componen el asunto del ADAGIO. Por fin uno de los pastores cesa de cantar... el otro continúa solo... Truenos lejanos... ¡Soledad, silencio y misterio!

La cuarta parte es la marcha al Suplicio.

Seguro de que la mujer que adora no corresponde á su cariño, el artista se envenena con opio.

Sin embargo, la dosis del narcótico, que era escasa para darle la muerte, le sumerge en un sueño acompañado de las mas horribles visiones.

Sueña que ha quitado la vida á la mujer que amaba, que le han condenado, que le llevan al suplicio y que asiste á su propia ejecución.

El cortejo se adelanta al son de una marcha ora sombría y terrible, ora brillante y solemne, en la cual un ruido sordo de pasos graves sucede sin transición al anterior estrépito.

Al fin de la marcha los cuatro primeros compases de la idea fija aparecen de nuevo, como un postrer pensamiento de amor interrumpido por el golpe fatal.

La quinta y última parte es un terrible Sueño.

Aquí se encuentra en medio de una espantosa reunion de sombras, brujas, monstruos de toda especie que van á celebrar sus funerales.

Se oyen ruidos extraños, gemidos, carcajadas, gritos lejanos, á los cuales responden otros gritos.

La melodía favorita aparece de nuevo; pero ahora ha perdido su carácter de nobleza y timidez, es un aire de baile innoble, trivial y grotesco: es ella que acude también á la reunion... Rugido de alegría á su llegada... Se mezcla en la orgía diabólica... Tañido fúnebre...

Tal es el argumento de la sinfonia.

No olvidemos que nos hallamos allá por los años de 1830, cuando estaba en todo su auge el romanticismo.

De todos modos, el argumento en cuestion expresa bien la historia de los amores del compositor, con sus angustias y sus sueños dolorosos.

Veamos el desenlace.

En uno de los palcos de la sala se hallaba una joven que era nada menos que la heroina de este drama musical: era Enriqueta Smithson.

Hacia algun tiempo que se hallaba en París al frente de un teatro donde representaba en inglés el repertorio de Shakespeare con tan desgraciado éxito, que vino á ser para ella una empresa ruinosa.

Berlioz no habia querido verla después de su vuelta de Roma, esperaba á que se hubiera ya ejecutado su sinfonia en el Conservatorio.

El efecto que desde el principio produjo en la actriz inglesa, fué extraordinario: una emoción visible se pintaba en su semblante; los espectadores que se hallaban en el secreto, no apartaban la vista de ella.

Enriqueta Smithson comenzaba á comprender: ella era la heroina de la sinfonia.

Estas palabras del recitado que decía el actor Bocage, acabaron de disipar las últimas dudas:

— ¡Ah! ¡Que no pueda yo encontrar la Julieta, la Ofe-
lia que anhela mi corazón! ¡Que no pueda yo embriagarme con esa alegría mezclada de tristeza que da el verdadero amor, y en una tarde de otoño, dormirme al fin en sus brazos con un melancólico y último sueño!

La joven salió de su palco; su cabeza se habia trastornado, y ni oía ya ni veía.

Algun tiempo después Berlioz se casó con la actriz Enriqueta Smithson.

Fué uno de sus grandes triunfos, como él mismo lo confiesa en sus Memorias.

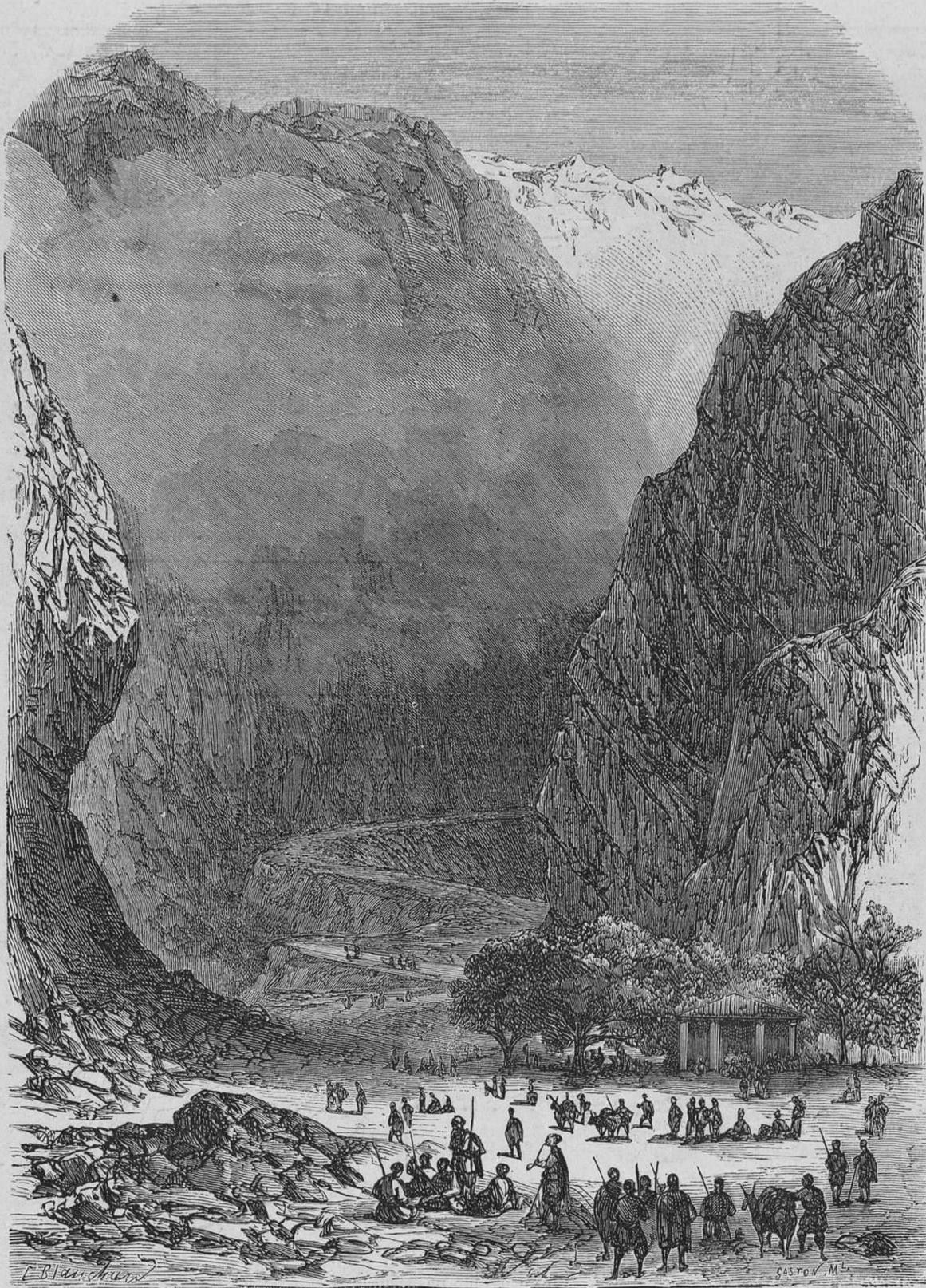
Poco espacio nos queda ya para hablar de los teatros, y así es que nos limitaremos á dar algunas noticias.

existen aquí y acullá en la frontera, no son mas que puestos de observacion. Toda la parte Norte de las bocas de Cattaro, detrás de Risano y Castelnuovo, es una aglomeracion de peñascos que dejan entre sí abismos en forma de embudos donde se pierden las aguas. Es aquello un caos. Excepto la carretera del litoral hecha por los franceses, y algunas otras abiertas por los austriacos, lo que los habitantes llaman un camino, apenas es accesible á las caballerías: son senderos de cabras. Nada mas propicio que un pais así para la guerra de partidarios; pero en cuanto á conseguir un resultado político es otra cosa, á menos que las ciudades no den la mano á los montañeses.

En las poblaciones de la orilla viven marinos retirados, que están ricos, y algunos de ellos hijos de la montaña: hasta ahora ignoramos que hayan prestado socorros á los insurrectos.

Por lo que hace á la causa del levantamiento, diremos que es un pretexto y no otra cosa la organizacion de la landwher, pues precisamente los cantones sublevados se hallaban exentos del reclutamiento ordinario que tanto pesa sobre las otras provincias del Austria y aun de la Dalmacia del Norte, donde nadie se ha movido. No tenemos tiempo ni espacio aquí para estudiar los diferentes motivos del descontento de los eslavos austriacos. Allí como en Hungría y en otras partes, las tentativas de centralizacion exagerada y arbitraria han producido reivindicaciones de antiguos privilegios. Los triunfos de los húngaros seducen á los otros; pero sobre todo el soplo de la propaganda rusa es lo que aviva los descontentos de los eslavos en Austria no menos que en Turquía.

En Praga y en Bohemia, como en Ragusa y en Dalmacia, adelantan mucho las ideas panslavistas. Quizás no



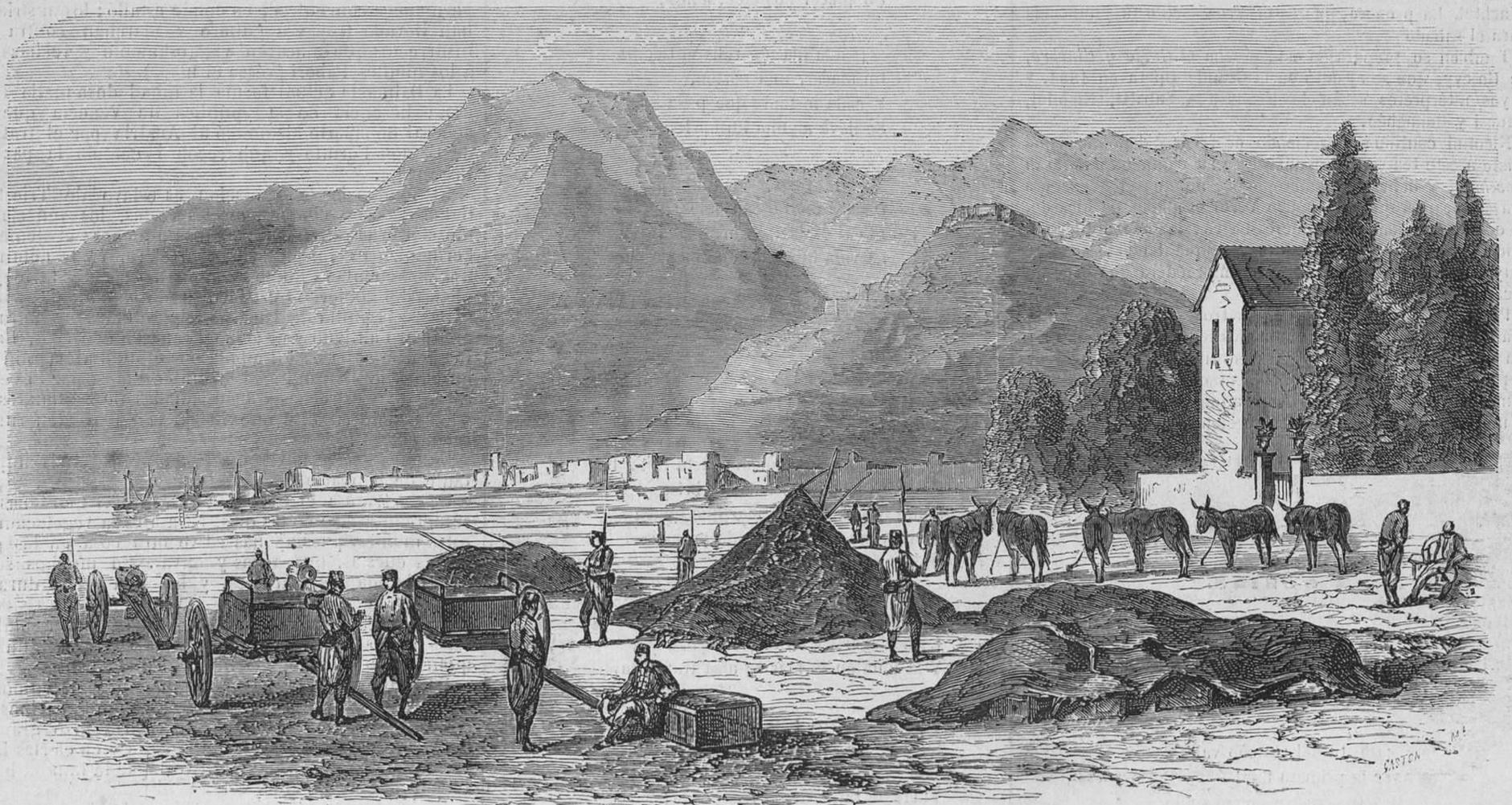
Sucesos de Dalmacia. — Un campamento de montenegrinos al pié del monte Kerstatz, cerca de Cattaro.

se ha observado bastante que el movimiento estalló en el momento mismo del viaje de la emperatriz. La brillante acogida del sultan ocupaba á todo el Oriente. La visita del emperador de Austria inmediatamente despues, indicaba á los eslavos que la Turquía no es aun ese pais despreciable que las grandes naciones de Europa dejan vivir como por piedad, segun lo repite en todos los tonos la prensa moscovita. Se ha querido obrar una reaccion contra el efecto producido por esas recepciones imperiales, y el sitio se eligió bien; allí donde la Turquía y el Montenegro no dejan al Austria mas que una banda de tierra angosta y montañosa.

Despertaron de su sueño á Luca Vukalovich, el antiguo jefe de banda de la Herzegovina, que hizo su sumision en 1862. Decíase que la misma Turquía le habia concedido una pension, lo que no le impedía cobrar otra de Rusia, segun aseguraban en Ragusa.

La proclama lanzada con aquel nombre no ha producido miles de combatientes en socorro de los pobres Pastrovitchi. Es bastante pálida, y ¡cosa singular! no se habla en ella sino de reformas en el clero, cuya ignorancia y venalidad ataca con energia. La dicha proclama se envió de Odesa fechada el 29 de setiembre. Es demasiado rusa y se conoce. Y en todo esto ¿qué es de la landwher? Ni se acuerdan de ella. Los insurrectos han publicado un llamamiento á las armas, algo mas enérgico, como uno de los cantos belicosos del pais.

« La hora del combate ha sonado y desde las cimas del Lovtchen el pájaro de muerte anuncia á los montañeses que se han despertado nuestros enemigos: ellos desgarraron nuestros antiguos derechos y nos amenazaron con derramar la sangre de nuestros hermanos, si no les dábamos nuestros hijos... ¡En



Sucesos de Dalmacia. — Bateria austriaca de Cattaro.

pié, en pié! pueblo de jóvenes guerreros de las montañas, ¡acuérdate de tus abuelos... Adelante los halcones de Cattaro y Ragusa, adelante por la guerra santa, Dios y la libertad!

¡Pobres halcones de las montañas! tienen cortado el vuelo por haber cedido con demasiada facilidad á excitaciones interesadas cuyo significado no comprenden; sin embargo, se dice que el emperador ha teleografiado de Oriente que se trate con moderación á los vencidos.

P. P.

El nuevo teatro

DE LA ÓPERA EN PARIS.

Sabido es que el maravilloso alazan que nació de la sangre de la cabeza de Medusa, cortada por Perseo, se complacia en pacer en los prados en medio de los coros de las Musas y de las Gracias. No montaba cualquiera el animal alado; solo los poetas y los héroes, pues los demás iban muy pronto al suelo.

Pegaso simboliza hoy al público y sin duda por esto le han reservado un puesto de honor en la fachada de la Opera. M. Lequesne nos representa un animal fogoso que con las alas tendidas parece disponerse á tomar su vuelo hácia otras regiones. Está esperando un amo: ¿le tendremos?

El grupo de M. Lequesne no podrá verse bien sino cuando ocupe el puesto que le está destinado.

En su exposicion ante el Palacio de la Industria nos produjo una impresion desfavorable, pero quizás los defectos que observamos desaparezcan cuando la



Esculturas de la fachada de la Opera. — Pegaso, por M. Lequesne.

distancia haya restablecido la armonía de las proporciones falseadas de intento.

Sea como quiera, puede decirse que el Pegaso es un vigoroso estudio de animal, á la manera de los caballos del Partenon: la cabeza y el pecho están bien modelados, y los lomos son cortos como en los modelos antiguos. La figura de Minerva ó de Musa que tiene las riendas del Pegaso, no está tan bien: la actitud del cuerpo carece de ligereza y de equilibrio, y el busto se vuelve con exceso: ni los dioses tienen esa flexibilidad en la columna vertebral.

El grupo de M. Carpeaux tuvo el privilegio de ocupar la atencion de los parisienses durante ocho dias, lo que es mucho decir. Verdad es que la mancha de tinta contribuyó mucho á ello. Personas que no se incomodarian para ir á ver una obra de Miguel Angel, fueron á contemplar la tinta, para no perder la ocasion de protestar contra el vandalismo y la profanacion, palabras que parecian desterradas de la lengua en este siglo de escepticismo y de indiferencia.

La indignacion se ha calmado hoy y se juzga la obra con mas calma, por manera que cada cual puede expresar su opinion sin incurrir en las iras de los que piensan de distinto modo.

Comenzaremos por decir que el grupo de M. Carpeaux es admirable de vida y movimiento: la figura principal es de una elagancia consumada. Cuando un escultor sabe así animar la materia, puede enorgullecerse de haber alcanzado el objeto supremo del arte. Pero ¿no es de sentir que el artista haya elegido tan mal sus modelos?

La idealizacion de la forma no implica la renuncia á la vida física, á la existencia



La Música, por M. Guillaume.

posible del modelo. Un crítico eminente ha dicho con mucha razon que « las bailarinas de M. Carpeaux no son mujeres desnudas, sino mujeres que se han quitado los vestidos. » Los grandes artistas de la antigüedad introducian en sus obras un sentimiento mas elevado: ellos personificaron la danza con una gracia incomparable; la castidad, la decencia de sus figuras desnudas inspiran una admiracion severa de la forma, y ese es el único sentimiento que debe inspirar la plástica en las obras de arte.

M. Carpeaux no parece haber tenido en cuenta para la composicion de su grupo las condiciones del programa que dió el arquitecto de la Opera, de lo cual resulta una falta completa de armonia con los otros tres grupos de la fachada y con el mismo monumento. El número de las figuras esculpidas en alto-relieve y lo mucho que sobresale el grupo de la Danza atraen la vista con detrimento del conjunto.

M. Guillaume en su grupo de la Música y MM. Perrault y Gouffroy, cuyas obras reproduciremos próximamente han tratado sus respectivos asuntos en medio-relieve, forma de escultura que hace mejor en el edificio.

Debemos agradecer á estos artistas eminentes que hayan



La Danza, por M. Carpeaux.

respetado la obra comun, y la justicia nos obliga á decir que si M. Carpeaux merece ser aclamado vencedor, su triunfo no se debe solo á la superioridad del talento.

A DE L.

La mujer de los siete maridos,

NOVELA ORIGINAL

POR JULIO NOMBELA.

(Continuacion.)

La jóven, no muy satisfecha de las indiscreciones de Mariano, habia apelado á un recurso heróico.

Tiró del manton á riesgo de perder una buena parte del fleco, y sin reparar en el daño probable, tiró con violencia de la campanilla del cuarto principal.

Antes de que Mariano pudiese darse cuenta del desenlace de aquella aventura, habia desaparecido la señora.

— ¡Mujer heróica! exclamó nuestro héroe; y debe ser casada... Sí... cuando viene sola... Y me ha desgarrado la levita... No hay duda de que me debe una indemnizacion, y como no es cosa de pedirle una levita nueva, tendrá que pagarme con cariño... ¿Quién será?... ¿Si vivirá en esta casa? Vamos á interrogar á la portera que lo sabe todo.

— ¡Señora Felician, señora Felician! gritó Mariano acercándose á la puerta del chiribitil que ocupaba la cancerbera.

— ¿Quién grita por ahí? preguntó la vieja desde el fondo de su guarida, que mas que habitacion de persona humana parecia aquel estrecho y oscuro recinto una madriguera de conejos.

— Soy yo... ¿No me conoce usted?

— No tengo el gusto...

— El vecino del sotabanco.

— ¡Ah! ¿El tronera?

— ¡Cómo! ¿Aun no hace quince dias que vivo aquí, y ya me conoce usted?

— Pues qué; ¿no le estoy viendo á Vd. subir y bajar treinta veces al dia?

— Gracias á eso, se me viene la fortuna á las manos.

— Mal se conoce; todavía no sé cómo gasta Vd. las monedas.

— Alegrementemente.

— No digo eso.

— Ya la comprendo á Vd..., pero, amiga, ya sabe usted cómo se pescan las truchas. Acérquese Vd. un poquito á la puerta, que tengo que hacerla una pregunta.

— Vamos á ver qué es lo que quiere Vd., calavera, dijo la señora Felician accediendo á los ruegos de Mariano.

— ¿Ha visto Vd. pasar hace poco á una señora?

— ¿La del principal?

— Precisamente; en el principal se ha quedado.

— Sí, señor; ¿por qué lo preguntaba usted?

— Porque queria saber si habitaba en la casa.

— Es usted muy curioso... ¡Y luego dicen que los porteros!...

— No crea Vd. que es curiosidad; es que me debe una reparacion.

— Vaya, vaya... ¡Deberle á Vd. una señora tan rica!

— ¿Con qué es rica?

— Ya lo creo; como que su marido tiene mas oro que pesa.

— ¿Con que tiene marido?

— Un poco avaro, eso sí; no me da mas que 20 reales al mes, y parece que le cuesta soltarlos. Pero tiene un genio...

— Malo, ¿eh?

— Endemoniado. Figúrese Vd. que tenia un escribiente, y que solo porque le vió un dia mirar á su mujer, le aplastó de un puñetazo.

— Que Vd. lo pase bien, dijo Mariano.

Y apretando á correr, mientras que la señora Felician le llenaba de improperios porque la habia hecho hablar ante la esperanza de una propina y se marchaba sin dársela.

— Esto merece pensarse seriamente, se dijo; la mujer es muy guapa, pero el marido es muy incivil. Es imposible esta aventura sin una operacion aritmética: hay que restar al marido... Pero ¿quién se para en pelillos?

Y se fué al obrador.

Dios te preserve, lector, de cualquier enemigo, por pequeño que sea.

La señora Felician juró que se las pagaria el vecino del sotabanco, y aprovechó la primera ocasion para empezar á satisfacer su rencor.

El vecino del principal salió poco despues de la escena que han presenciado mis lectores, para ir á sus negocios.

— Don Timoteo, don Timoteo, le dijo la señora Felician.

— ¿Qué quiere usted?

— Tengo que hablar á Vd. en secreto.

— ¿Usted á mí?

— Sí, señor; yo tengo ley al pan que como.

— ¿Y á mí qué me cuenta usted?

— Que hay moros en la costa.

— ¿Cómo? ¿qué? dijo don Timoteo escamándose.

— Nada; si Vd. no quiere que le diga lo que pasa...

— Pero ¿qué pasa, mujer de Dios?

— Que hay un jóven audaz que ha fijado los ojos en su esposa de usted.

— ¿En mi esposa? ¡Imposible! ¿Cómo se llama ese bandido?

— Es el vecino del sotabanco.

— ¿Ese tronera que sube todas las noches tarareando la *Traviatta*?

— Yo no sé lo que tararea, pero sí que es el mismo.

— ¿Está en su habitacion?

— No, señor; ha salido.

— ¿A qué hora vuelve?

— A las doce ó la una de la noche.

— En ese caso, voy á salir ahora, pero ya le ajustaré las cuentas.

Y desde aquel momento resolvió don Timoteo no dormir sin habérselas con Mariano.

V.

UNA MAÑANA DE ABRIL.

Sin duda don Timoteo reflexionó, ó no era por lo visto tan fiero como le habia pintado la portera.

Digo esto porque se contentó con enviar una carta anónima al alocado inquilino del sotabanco, diciéndole entre otras cosas:

«Mire Vd. que se saben sus intenciones, que el marido es feroz, y si le coge á Vd. por su cuenta le rompe una costilla.»

Mariano se habia olvidado ya del encuentro que habia tenido al salir por la mañana, y al leer aquellos renglones:

— Esto si que es chistoso, se dijo; la mejor respuesta que puedo dar á este papel es pedir una levita nueva al marido de la señora del piso principal... Y sin embargo, es una de las mas hermosas mujeres que he visto en mi vida.

Hay que advertir que para Mariano la mujer mas hermosa era la última que veia.

— Aquella mano suave y delicada con que procuraba quitar el fleco de su pañuelo de mi boton, continuó diciéndose, aquel acento melódico con que se expresaba, aquellos movimientos para huir de mí, aquella gracia, aquel campanillazo tan fuerte que tiró como diciendo: «¡Favor, que corro peligro!...» Es lástima que esté casada; francamente, las mujeres bonitas no debian casarse.

Bajo la impresion de esta última idea se quedó dormido.

Pero como su imaginacion era tan inquieta, se despertó al amanecer.

Lo primero que hizo fué abrir la ventana y asomarse á ella.

Era una hermosa mañana del mes de abril; una de esas mañanas en que el perfume de las lilas que brotan en los jardines recuerdan el pasado y lo embellecen á nuestros ojos.

— He sido un calavera, se dijo Mariano, fijando una profunda mirada en el cielo; Dios me ha dado un corazon capaz de experimentar los mas generosos sentimientos; comprendo el amor como una aventura suprema, que no está al alcance de los demás mortales; tengo en mí mismo todos los elementos para la felicidad, y, sin embargo, parece que me complazco en desperdiciar el tesoro de emociones que hay en mí, como esos hombres pródigos que malgastan el dinero sin hacer bien á nadie. ¿Cuánto he vivido en pocos años! ¿Y por qué no he de amar? ¿Por qué no he de querer realizar todos los sueños de mi fantasía? ¡Ah! sí; la soledad me aburre, sobre todo en este tiempo. Cuando la emocion me ahoga; cuando necesito expansion; cuando parece que hay en mi alma mas vida que la necesaria para un solo ser, es cuando echo de menos esos goces purísimos de la familia, que he despreciado, y de los que me he reido tantas veces. Si yo tuviera una mujercita amable, bella, inteligente, hacendosa, que me quisiera mucho; si Dios hubiera bendecido nuestra union y tuviéramos un hijo, en vez de estar aquí solo, contemplando los primeros rayos del sol y recibiendo las caricias de las auras, nada mas que de las auras, estaria paseando por ahí con mi cara mitad, viendo correr al fruto de mi amor... ¡Qué felices son los hombres vulgares!

Aun no habia terminado esta frase, cuando oyó al lado de su ventana el ruido que hacia la de la habitacion inmediata á la suya.

Poco despues se abrió, apareciendo ante la vista del jóven una hermosa cabeza de mujer y un hermoso hombro, encubierto por una fina chambra de muselina, admirablemente modelado.

Era Isabel, que como todas las mañanas, apenas se levantaba salia á regar un rosal del jardin de su antiguo mentor, el bondadoso don Fabian; rosal que conservaba con el mayor cariño, porque era un dulcísimo recuerdo de su infancia y del hombre que la habia servido de padre y habia despertado su corazon al amor.

Fácilmente se comprende el efecto que produciria la jóven en un hombre tan impresionable como Mariano.

Hubo un momento en el que se figuró que su mirada habia descubierto el azulado velo del firmamento y habia penetrado en la morada de un ángel.

— Buenos dias, vecina, dijo de pronto el jóven.

Pero Isabel, que creia estar sola, al verse sorprendida se estremeció como la hoja en el árbol á impulso de la brisa, y desapareció con rapidez.

— No; pues esto no ha de quedar así, dijo Mariano. ¿Qué vale al lado de esa jóven la señora del piso principal? No he visto en los dias de mi vida una cara mas expresiva, mas bella. ¿Cómo no he reparado en esa jóven hasta ahora? ¿Cómo no he adivinado su existencia?

Dominado por la impresion que habia producido en su alma Isabel, trascurrieron para Mariano muchas horas sin que se apercibiera de que vivia.

— Yo necesito volver á verla, dijo. No iré hoy al obrador, estaré todo el dia á la puerta de su casa para ver si sale; si no sale, mañana la esperaré á la misma hora en la ventana, y si temerosa de encontrarme, se ocultase por completo á mis ojos, seria capaz hasta de visitarla.

Sus pesquisas fueron inútiles.

Aquel dia solo se abrió la puerta del cuarto de Isabel para dar paso á la portera, que, como de ordinario, llevaba á madre ó hija los víveres necesarios para su manutencion.

Mariano abrió la puerta de su cuarto en el momento en que salia del de su vecina la señora Felician, y cogiéndola de la mano como en las tragedias:

— Entre Vd. aquí, señora, la dijo.

Y llevándola á su habitacion, cerró la puerta y los dos quedaron solos.

La pobre portera creyó que el jóven habia sabido la revelacion que habia hecho á don Timoteo, y toda temblorosa:

— ¿Qué va Vd. á hacer conmigo? le dijo: ¡Esto es un atropello!... ¡una iniquidad!... yo no le he dicho nada... él ha sido quien lo ha adivinado.

— ¿Qué está Vd. hablando, buena mujer?

— Me quejaré á la justicia.

— ¿Va Vd. á quejarse á la justicia porque quiero ofrecerle una moneda en pago de un servicio?

— ¿Una moneda?

— Sí, mírela Vd.: veinte realazos.

— Eso ya es otra cosa. ¿En qué puedo servir á usted?

— ¿Quién vive en el cuarto de que acaba Vd. de salir?

— ¿Quién ha de vivir? doña Soledad.

— Y, ¿quién es doña Soledad?

— La inquilina del sotabanco.

— Una jóven...

— Sí, jóven con un pié en la sepultura.

— ¿Qué dice Vd.? ¿Está enferma?

— No, hombre de Dios, quiero decir que se acuerda como yo de la guerra de las naranjas.

— Entonces no es por esa por quien yo le pregunto á usted.

— Ya. Será por Isabel, su hija.

— ¡Isabel! ¿Ha dicho Vd. que se llama Isabel? Preciso nombre... me lo habia figurado.

— Sí, pero no crea Vd. que es una muchacha coqueta como casi todas: es un modelo de virtud.

— Hágame Vd. el favor de no hacer su elogio; perderia mucho pintada por usted.

— Entonces, me voy.

— No por cierto; antes va Vd. á decirme todo cuanto sepa acerca de esa jóven.

— Yo sé muy poco, porque no me entrometo en las cosas de la vecindad.

— ¿Tiene padre?

— No, señor; su madre es viuda.

— ¿No será rica?

— Doña Soledad cobra una pension todos los meses, y no les falta lo necesario para vivir.

— ¿Supongo que esa jóven no será casada?

— Y supone Vd. bien.

— ¿Tiene novio?

— ¿Qué cosas dice Vd!... ¿No ve Vd. que no sale nunca á la calle?

— ¿Es decir que está libre?

— Creo que sí.

— ¿Y en qué se ocupa?

— Hace preciosas labores para algunos comercios de Madrid.

— Corriente; ahora déjeme Vd. en paz.

— ¡Qué genio tan vivo!

La portera dió dos pasos para marcharse. Pero volviéndose de pronto:

— Se me olvidaba: guárdese Vd. muy bien de saludar á la señora del cuarto principal.

— ¿Por qué razon?

— Su marido se ha enterado de que ha puesto usted los ojos en ella.

— Sí, ya lo sé; me anuncia que me va á romper una costilla; pero yo ya no quiero ocuparme de la suya. Váyase Vd. con Dios, señora Felician, deseo quedarme solo.

Apenas se alejó la portera:

— Hé aquí, se dijo el jóven, la ocasion de hacer mi felicidad. Mi vecina es bella, buena, tiene todas las condiciones que constituyen á la mujer tal como la comprende mi corazon. Esta mañana, cuando soñaba en mi felicidad, ignoraba que la tenia á mi lado. ¡Oh! ahora no la dejaré escapar; haré cuantos sacrificios son imaginables para conseguirla.

Y acto continuo se puso á escribir una carta, pero no una de esas cartas que empiezan con la consabida frase:

Señorita, la he visto á Vd., y á su mirada, etc.

Nada de eso.

Mariano era original en todo.

« Esta mañana, escribí, estaba yo soñando en mi felicidad, cuando se apareció Vd. á mis ojos.
 » Desde entonces la amo á Vd. con toda mi alma.
 « ¿ Quiere Vd. que pida su mano á su madre? »
 Apenas hubo escrito estas líneas abrió la ventana y aguardó hasta la noche para ver si la veía y podía entregársela.
 Su esperanza fué inútil.
 Pero al retirarse arrojó la carta sobre el rosal que con tanto cariño cultivaba Isabel.
 A la mañana siguiente al asomarse la jóven á regar el rosal, de tal modo que pudiera él verla sin que ella le viese á él.
 Así que su alegría fué inmensa al notar que la jóven, despues de vacilar un instante, cogió la carta y cerró la ventana.
 — ¡ Oh, dicha! exclamó; en este instante está leyendo mi confesion: va á decidirse mi felicidad.
 Y de idea en idea, de esperanza en esperanza, llegó al mas dulce éxtasis.
 Un golpe dado á la puerta de su habitacion quince ó veinte minutos despues, le sacó de su arrobamiento.
 Era la portera.
 — ¿ Qué se le ofrece á Vd., señora Felician? »
 — La vecina de al lado, dijo la vieja, ha salido con su madre, y al bajar me ha dejado esta carta para usted.
 — ¡ Su respuesta! ¡ Oh, ventura! dijo Mariano.
 Y cogiendo la carta la besó con efusion.
 — Señora Felician, gritó, déme Vd. un abrazo; es usted portadora de mi dicha.
 Pero acto continuo cambió de aspecto su fisonomía.
 — ¿ Qué veo? ¡ Es mi carta! ¡ No la ha abierto siquiera! Váyase Vd., señora Felician, dijo mirándola enfurecido, mientras que la pobre mujer se escapaba temerosa de habérselas con un loco. ¡ Me ha herido Vd. de muerte!
 Y comenzó á dar grandes pasos por la habitacion, buscando un medio de resucitar sus muertas esperanzas.
 De pronto se detuvo.
 — ¡ Oh! yo le juro que me amaré, exclamó.
 Y se puso á escribirle una larga carta, prometiéndose hacer otro tanto todos los dias, hasta obtener la respuesta que deseaba.

VI.

GUTTA CAVAT LAPIDEM.

¿ Qué le decía en aquellas cartas?
 Apuesto cualquier cosa á que mis lectores creen adivinar lo que le decía.
 — Naturalmente.
 — Me parece que se equivocan ustedes.
 — La diría que era bella, que la amaba, que sin ella no habia felicidad posible para él, que se le aparecía en sueños...
 — Siento decir á Vds. que no adivinan el contenido de sus epistolas.
 Mariano comprendió desde luego que Isabel no era una mujer vulgar; que para llamar su atencion debia excluir todos los recursos gastados; que solo la estrategia mas original podria ayudarle en su empresa, y en su primera carta escribió lo que sigue:
 « Señorita: He sido un torpe, y merezco el castigo que Vd. me ha dado.
 » Pero Vd. no es rencorosa y me perdona.
 » Oigame Vd. cinco minutos, y si Vd. quiere continuaré contándole mis cuitas.
 » Estoy solo en el mundo, lo que quiere decir que soy un personaje interesante de la novela de la vida.
 » Tengo ilusiones y desengaños, esperanzas dulcísimas y tristes realidades, y lo que es mas, no tengo con quién hablar, ni una madre, ni una hermana, ni un amigo...
 » Pero mi vida es tan original, mi historia tan extraña, que frecuentemente... A propósito, Vd. debe ser aficionada á las novelas; figúrese Vd. que mis cartas son páginas de un libro; léame Vd. hasta el final, y verá Vd. cómo merezco su atencion.
 » Somos vecinos, ¿ por qué no hemos de ser amigos? El amor es una vulgaridad... ¡ Todos aman!
 » La amistad es otra cosa.
 » Busque Vd. dos amigos verdaderos, y para hallarlos es necesario hacer una excursion á la mitología.
 » ¡ Seamos amigos y nada mas!
 » ¡ Oh! yo le ofrezco á Vd. no pasar adelante aun cuando Vd. se empeñe. »
 Terminada la carta se puso en acecho, y aprovechó un momento en que salió doña Soledad para llamar á la puerta de su vecina.
 Isabel se asomó por el ventanillo.
 — ¿ Quién es? preguntó.
 — Perdone Vd., vecina, deseo hablar á Vd. dos palabras.
 — No le conozco á Vd., caballero, añadió Isabel.
 — Para que me conozca Vd. es para lo que la molesto. Esta mañana ha hallado Vd. una carta mia en su rosal, se ha figurado Vd., que era una declaracion amo-

rosa, y con justa razon me la ha devuelto Vd. sin abrirla.
 — Yo no recibo mas cartas que las que se dirigen á mi madre.
 — Virtud sublime que yo admiro; pero como mi carta no necesita ese *visto bueno*, como se trata en ella pura y simplemente de proponer á Vd. una obra de caridad, me tomo de nuevo la libertad de introducirla por debajo de la puerta, para que tenga Vd. la bondad de leerla.
 — Es inútil.
 — Verá Vd. como no... Léala Vd., por lo que mas estime en el mundo, y si accede Vd. á lo que en ella le suplico, bastará con que mañana ó cualquier otro dia me mire Vd. al salir á la ventana á regar el rosal.
 Mariano no pudo percibir las palabras que pronunció Isabel, porque oyó ruido en la escalera y se volvió á su cuarto.
 La jóven vaciló algunos momentos, pero al fin venció la curiosidad y leyó la carta.
 Mariano no se habia equivocado.
 Si la epistola hubiera empezado como todas las que se dirigen á confiar á una mujer el atrevido pensamiento de un hombre, dado su carácter, la hubiera hecho pedazos.
 Pero aquella novedad en el fondo y en la forma excitó su curiosidad.
 Despues de leer la carta dos ó tres veces:
 — Pobrecillo, exclamó, ¡ vive solo en el mundo!
 Cuando una mujer se compadece de un hombre, siendo jóvenes ambos, se entiende, puede decirse que el triunfo del segundo está próximo.
 — Y ¿ por qué no hemos de ser amigos? pensó Isabel. Al menos no es un jóven vulgar, sabe expresarse, y sobre todo me ha perdonado el desaire que le he hecho.
 Aquel dia tuvo doña Soledad que volver á salir.
 — Diga Vd. á la señora Felician que suba un rato á acompañarme.
 — Pues qué ¿ tienes miedo de quedarte sola?
 — No... pero... es tan buena la portera... Me ha pedido que le corte un cuerpo de vestido, y esta ocasion me parece la mas oportuna para complacerla.
 — Tienes razon.
 — ¿ Le encargarás que suba?
 — En cuanto baje.
 Isabel era poco expansiva.
 En vez de parecerse á esas jóvenes que acarician á todas horas á sus madres, solo en las situaciones solemnes estrechaba la mano de la autora de sus dias ó besaba su frente.
 En aquel momento abrazó á su madre.
 Doña Soledad salió, y poco despues subió la señora Felician.
 Isabel recibió con la mayor amabilidad á la portera.
 Despues de discutir largamente el corte del vestido:
 — ¿ Entregó Vd. ayer mi carta al vecino? preguntó la jóven.
 — Sí, señora, y por cierto que me abrazó.
 — ¿ La abrazó á usted?
 — Es un loco de atar.
 — ¿ Pero no se ofendió?
 — ¿ No se lo digo á Vd.? apenas le dije: « La vecina de al lado me ha entregado esta carta para Vd., » comenzó á dar saltos de alegría, me abrazó y le faltó muy poco para llevarme en triunfo; pero poco despues, es decir, cuando leyó el sobre, cambió de aspecto, se puso furioso y me echó con cajas destempladas.
 — El caso no era para menos.
 — Yo se lo tengo pronosticado, ese muchacho va á terminar sus dias en Leganés. Se vuelve loco cuando menos lo piense.
 — ¿ Hace mucho tiempo que vive en la casa?
 — No llega á medio mes.
 — ¿ Creo que no tiene familia?
 — No por cierto, vive solo como un hongo.
 — ¿ Y en qué se ocupa?
 — Es platero.
 — ¿ Platero?
 — ¡ Vaya! un sobrino mio que le conoce, dice que tiene unas manos de oro para trabajar. Gana muy buen jornal cuando trabaja, pero como es tan desarreglado, de los seis dias de la semana, solo trabaja dos ó tres.
 — ¿ Segun eso es un calavera?
 — Le diré á Vd... ¡ Es mas bien un fuguillas!... Yo que tengo ya experiencia del mundo, creo que ha de tener buen fondo. Sin ir mas lejos, el otro dia al salir estaban peleándose dos chicos en la calle, el de la tabernera, que es un granuja de siete años, y el del prebendero, que ya es un zagalon de diez y ocho, pero como ha estado dos ó tres años encanijao, parece mas pequeño de lo que es, ya los conoce usted.
 — Sí, pero ¿ qué pasó?
 — ¿ Qué habia de pasar? que estaban jugando á las aleluyas en el portal, y el chico de la prebendera hizo trampa. El otro se atufó, le llamó pillo, se fueron á las manos, y el zagalon cayó encima del hijo de la tabernera. En esto salió el vecino, los vió, y dando dos cachetes al mayor, salvó al pequeño de su furia, y lo mejor fué que la madre del grande,
 « — Déle Vd. firme, que lo merece, dijo. »
 — Por supuesto; añadió la señora Felician, que si quisiera estaria contándole á Vd. hasta mañana cosas buenas del vecino.
 — ¿ Y por qué no me las cuenta Vd.? preguntó la jóven con angelical candidez.
 — Porque hago falta abajo.
 Isabel se pasó el resto del dia pensando en Mariano.

En honor de la verdad hay que decir, que Isabel, aunque de carácter reservado, sentia en el fondo de su alma un vago deseo de vivir mas de lo que vivia.
 El amor es una estacion de la vida, ó mejor dicho dos.
 La primavera y el verano, la flor y el fruto.
 El otoño, es el desengaño, la viudez.
 El invierno, ¡ la muerte!
 Isabel amaba, pero amaba un ideal.
 En el momento en que aquella vaga imágen que flotaba en sus sueños tomase cuerpo; en el momento en que se le apareciese bajo la forma de un hombre que correspondiese al bellissimo tipo que su imaginacion habia creado, le amaria, y le amaria con delirio, con esa vehemencia del sentimiento largo tiempo comprimido, que se desborda como el torrente, y vivifica cuanto encuentra á su paso.
 Al siguiente dia se asomó muy temprano á la ventana.
 Mariano estaba en la suya.
 Isabel no supo qué hacer.
 Aquel dia cuidó con mas esmero que nunca su rosal, ó lo que es lo mismo, estuvo asomada á la ventana mas tiempo que de costumbre, pero no se atrevió á mirarle.
 Al retirarse Isabel, quedó Mariano sumido en la mayor tristeza.
 — No tiene corazon, se dijo... yo me vengaré.
 Salió á la calle, pero en vez de dirigirse al obrador, se fué al Retiro.
 Necesitaba aire, horizontes risueños, porque estaba muy triste.
 ¡ Lo que es el corazon humano!
 No halló en la calle una sola modista á quien no persiguiese, á quien no requebrase.
 Pero cuando desaparecian de su vista las que eran objeto de sus galanterías:
 — Y sin embargo, exclamaba, no puedo olvidar á Isabel.
 Al volver á su casa se encerró, y pasó gran parte de la noche dibujando el retrato de la jóven.
 ¡ Con qué ansiedad aguardó la mañana siguiente!
 Sin duda presentia su alma lo que iba á suceder.
 Isabel se asomó á la hora de costumbre.
 En sus ojos se conocia que habia dormido poco; pero habia tomado una resolucion.
 Apenas regó las flores, fijó sus expresivos ojos en Mariano.
 — Gracias, Isabel, gracias, dijo este.
 Y se puso á escribir la segunda carta.

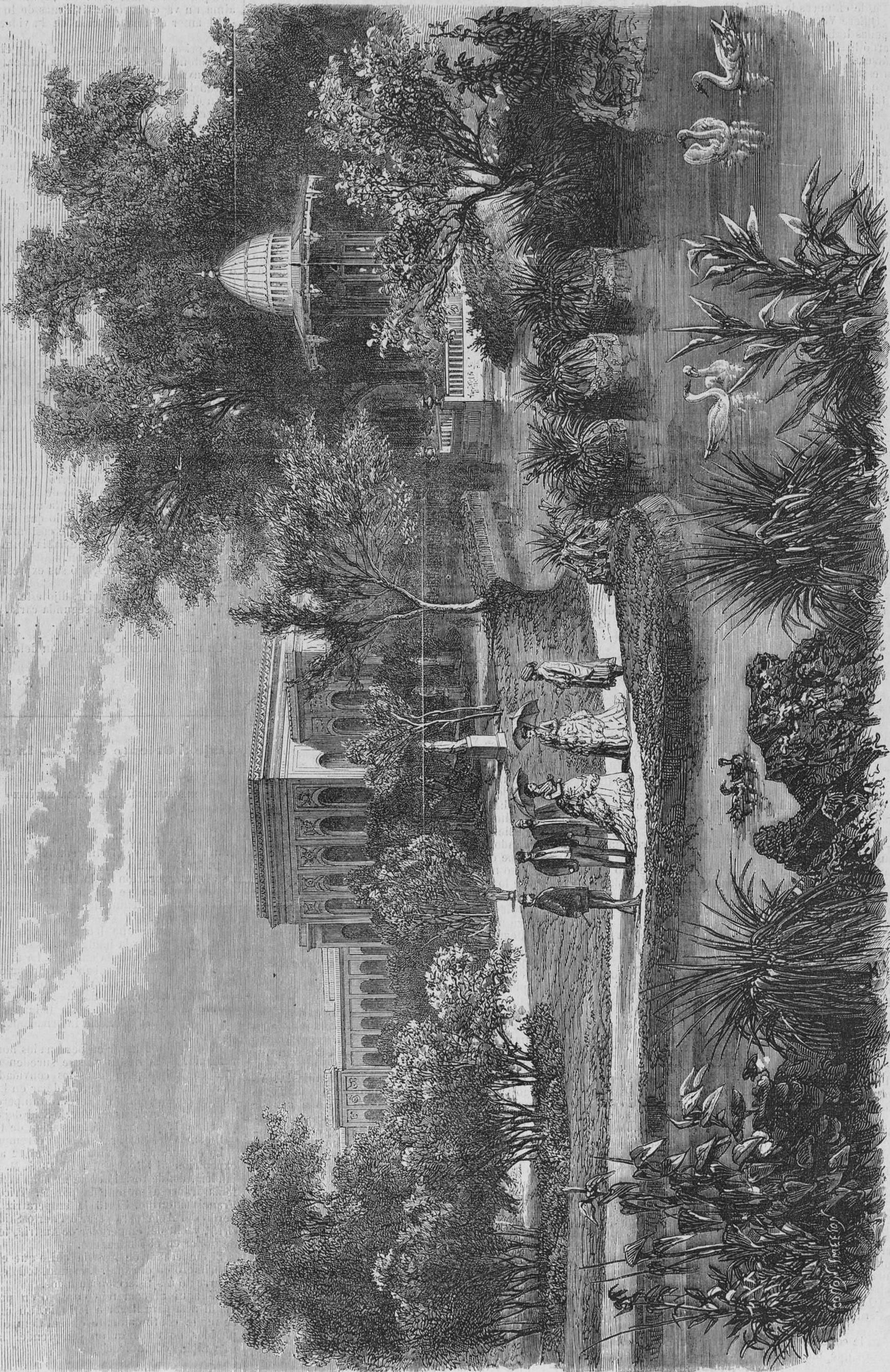
 Un mes despues se amaban con delirio los dos amigos.

(Se continuará.)

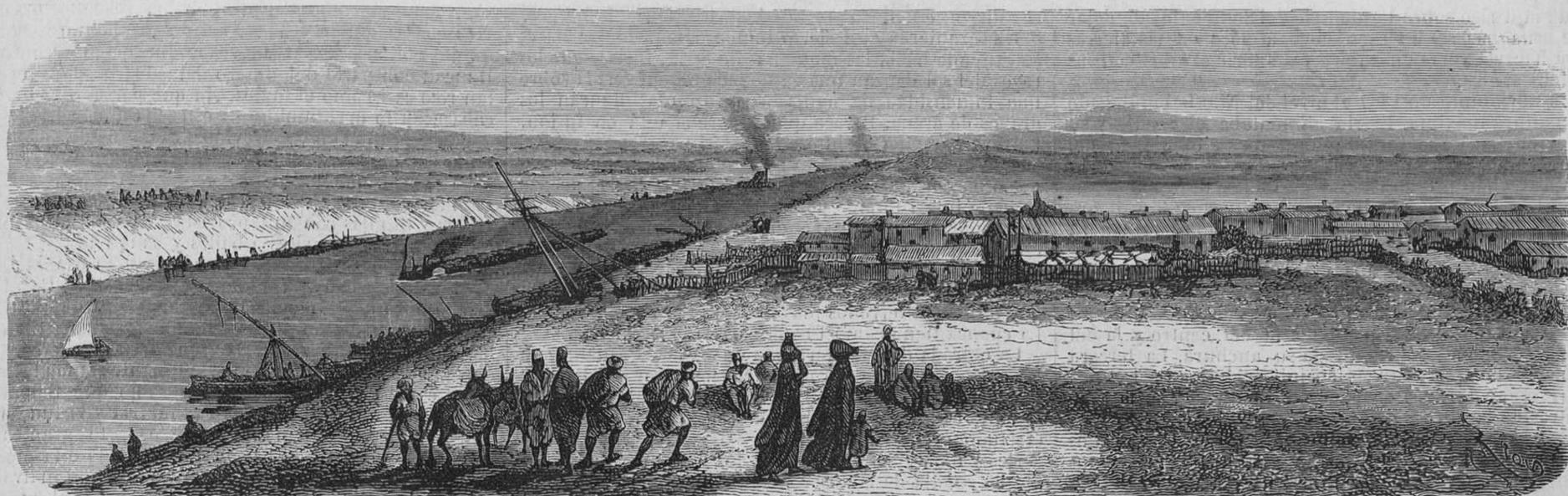
Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz.

INAUGURACION DEL CANAL MARÍTIMO DE SUEZ.

Seguimos reproduciendo los dibujos referentes al gran suceso que se efectúa cuando escribimos estas líneas. La Compañía del canal marítimo habia prometido que la inauguracion de la obra tendria lugar el 17 de noviembre, y en ese dia las flotas reunidas en Puerto-Said entraron solemnemente en el canal para inaugurar el tránsito.
 Este dia será una fecha memorable de la historia contemporánea, y la inauguracion se ha hecho con una solemnidad digna de la empresa. La mayor parte de los gobiernos europeos estaban representados el 17 de noviembre en esa primera excursion. La emperatriz de los franceses, el emperador de Austria, el principe real de Prusia y el duque de Aosta habian querido honrar con su presencia esa fiesta internacional que interesa á todo el mundo.
 El virey pudo hacer en persona los honores de la ceremonia, y las fiestas que se suceden desde hace un mes en Egipto para todos los convidados, dicen bien claro que el virey ha querido dejar en la mente de todos los concurrentes un recuerdo imperecedero.
 Las flotas reunidas en Puerto-Said dejaron pues, este puerto el 17 y llegaron á la estacion de Ismailia.
 Digamos dos palabras sobre el ceremonial.
 La emperatriz Eugenia volvió el 12 al Cairo, de su expedicion al alto Egipto. El 13 S. M. salió para Alejandría, donde recibió en la mañana siguiente á la colonia francesa presentada por M. Tricou, cónsul de Francia interino. El 15 la emperatriz se embarcó á bordo del *Aigle* para pasar á Puerto-Said. El *Aigle* y el *Greif*, yacht del emperador de Austria, tenian el puesto de honor en el fondeadero.
 El emperador de Austria quiso que el *Aigle* entrase el primero en el canal. En suma, todo este ceremonial se arregló á satisfaccion de todos.
 Hé aquí al comercio europeo en posesion de una via directa para llegar á la India. En un siglo en que se repite continuamente que el tiempo es dinero, los pueblos no tardarán en comprender las ventajas de esta rápida comunicacion.
 L. C.



Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz. — El palacio de Ghesireb, residencia de S. M. en el Cairo, vista tomada de los jardines.



Istmo de Suez. — El canal marítimo y el Serapeum.

El istmo de Suez.

(Continuacion. — Véase el N° 881.)

SERAPEUM.

Reunion del canal de agua dulce con el canal marítimo. Desagüe.

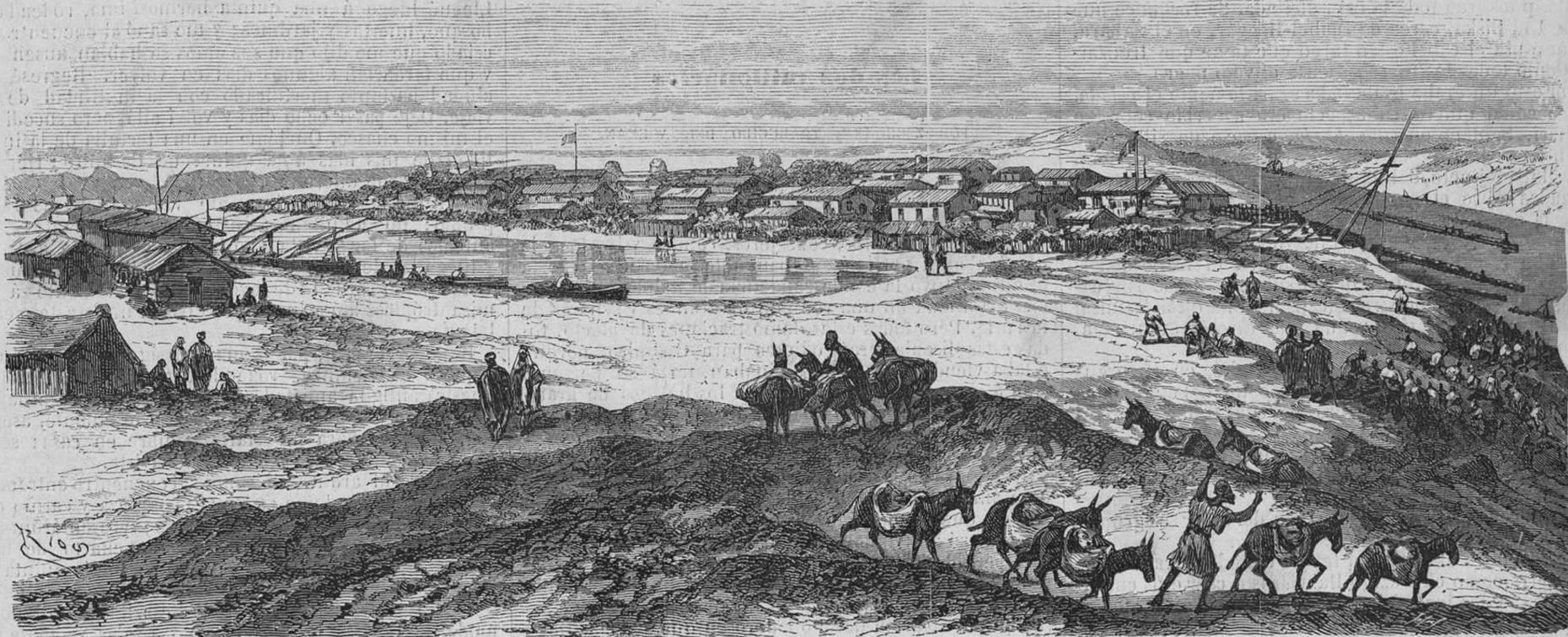
El Serapeum, dice E. About, en el *Fellah*, es un cerro de 10 kilómetros de largo sobre algunos metros

de altura, donde se han hallado los vestigios de un templo consagrado á aquel dios que nació de una virgen y se encarnó en un buey para rescatar los pecados del género humano, Osiris-Apis ó Ser-Apis.

No conozco en el mundo mas que Mariette-Bey que sea capaz de revelarnos el dia preciso en que se puso la primera piedra de ese templo consagrado, como lo indica su nombre, al sol (Orus, Osiris), entrando en el signo de Tauro (Apis), la época, la estacion en que convenia aplicar el arado á la tierra, esto es, la primavera.

Suele encontrarse, en efecto, entre los antiguos egipcios esta metáfora muy natural: « El Toro esparce en la tierra los gérmenes de la fecundidad; trae la abundancia y la creacion de las plantas que alimentan. »

Osiris-Apis, Ser-Apis, era el dios por excelencia del Egipto, pais esencialmente agricola. El buey Apis era el emblema vivo del dios. Ese mismo buey adoraron un instante los hebreos en el ídolo del *becerro de oro*, ídolo hecho por Aaron con las sortijas y pendientes de las mujeres de Israel.



Istmo de Suez. — El Serapeum. — Punto de union del canal marítimo y del canal de agua dulce.

No hay que desdeñar los descubrimientos arqueológicos y numismáticos, pues sin ellos, muy á menudo se encontraría en apuros la historia. Por ejemplo, sin ellos no sabríamos hoy que el lago Timsah (lago del cocodrilo), era una etapa de las caravanas procedentes de Pelusa, las cuales hallaban allí un canal con palacios en sus márgenes. Sin el descubrimiento de una inscrip-

cion trazada en una piedra que existe en Tebas, hallazgo que se debió al doctor Brusch, ignoraríamos que Seti I, padre de Rhamsés II, tan ponderado con el nombre de Sesostris, pasó por el lago Timsah, siguiendo el mismo camino de las caravanas.

Actualmente Serapeum es un campamento importante, mitad árabe y mitad europeo. No fué este taller

menos animado que el del Guisr: como en este último, habia que abrir para el canal una zanja al través de una montaña de arena, y además se presentaba esta otra dificultad. Tenia que abrirse la brecha á un nivel superior del que alcanza el agua del Mediterráneo introducida hace dos años ya en el lago Timsah. M. A. Lavalley tuvo la feliz idea de llevar las aguas del canal



Istmo de Suez. — Aspecto de los lagos Amargos: el Desagüe.

de agua dulce sobre la planicie del Serapeum; de dejar que las aguas se filtrasen poco á poco en las tierras para hacerlas mas maleables y de abrir el *seuil* con sus poderosas dragas.

En noviembre de 1867 el nivel del Nilo habia llegado á su altura máxima. El rio alimentaba el canal, y su nivel en este canal era 6 metros mas alto que el del mar.

Aprovecharon la ocasion y en menos de un mes las zanjas preparatorias se llenaron con mas de 3 millones de metros cúbicos de agua. Así se facilitó sobremano la obra definitiva.

En resumen, se trataba de sacar de la seccion del Serapeum 3.694.000 metros de arena. Comenzaron por llenar de agua dulce dos depresiones de terreno sobre tres que presentaba la planicie: la del centro y la del Norte. La zanja se abrió á toda su anchura. La tercera cuenca recibió las dragas en julio siguiente y todo el *seuil* se encontró así ocupado en un espacio de 7 kilómetros de largo.

El trabajo en este lugar duró dos años por las diferentes dificultades que ofrecia y que seria largo y enojoso señalar su detalle. Por fin llegó el momento de cerrar la comunicacion del canal de agua dulce. Hoy que el canal está terminado en este punto, se puede ver á la izquierda del campamento el ramal del canal de agua dulce bruscamente interrumpido.

El atajo de Tussum se rompió á fin de hacer bajar todo el plano de agua del Serapeum al nivel general del canal marítimo, operacion importante efectuada en marzo último, y que ha llevado el agua del Mediterráneo al pié del atajo Sur de las zanjas del Serapeum, atajo que separa estas zanjas de la cuenca de los lagos Amargos.

En el Serapeum he visto al único mehari que me ha sido dado encontrar en mi excursion por el istmo. Le montaba un tuareg de Uld Biska que habia ido allí no sé con qué motivo, pues se empeñó en guardar un silencio absoluto.

— Es un tuareg verdadero, me dió á entender un árabe, pues trae toda la cara afeitada. Se reconoce que es de Uld Biska, cerca de Djebel-Hoggar, en el Sahara, porque usa el cabello tan largo que tiene que trenzarle. Como todos los tuaregs, gasta el velo negro.

Por esto un árabe le llamaba sencillamente el *velado*.

Sea como quiera, su aspecto era soberbio sobre su mehari. Sentado en su *rahala*, especie de silla cuyo asiento es cóncavo, el respaldo ancho y alto, el arzón elevado, el jinete del Djebel-Hoggar tenia las piernas cruzadas sobre el cuello del mehari. Era jóven aun y parecia de alta estatura. En la frente y en la mano tenia labores azules, y el velo negro de tela lustrosa que ocultaba el bajo de su cara, realzaba el brillo de sus ojos azules. Un cinturón negro sujetaba sobre sus caderas una especie de *serual* (calzon). Una *djeba* (camisa) negra, un *haik* blanco y una alta *chechia* encarnada, completaban su pintoresco traje.

El tuareg, ese rey del desierto que dice en su orgullo: « Los hombres como nosotros no deben dejarse ver, » tiene un canto guerrero, del cual traducimos esta estrofa:

« Las balas y el fusil engañan á menudo;
» La lanza es la hermana del jinete, pero puede hacerle traicion;
» El escudo sirve para que en su derredor se agrupen las desgracias;
» El sable es el arma del tarqui cuando el corazon es tan fuerte como el brazo. ¿Habeis visto caer esos cuatro camellos? Pues juzgad lo que es un hombre herido en las piernas. »

La educacion del mehari comienza desde su nacimiento. En cuanto le ha parido su madre, la *meharia*, envuelven con un ancho cinturón al recién nacido, á fin de que su vientre no se haga abultado.

Ocho dias despues quitan el aparato. En todo el primer año le dejan mamar cuanto quiere, y en la primavera le rapan el pelo.

A los trece ó catorce meses le destetan, cuando brota la yerba fresca, y lo hacen atravesando de parte á parte una de las ternillas de su nariz con un pedacillo de madera puntiagudo que dejan en la lla y cuya picadura provocará las coces de la madre cuando quiera manar.

Entonces le esquilan por segunda vez. El mehari tiene todas las cualidades del camello, con mas las que le dan la pureza de su raza y las que resultan de la enseñanza.

« Las riquezas de los tuaregs son los mehara. »
El que vi yo en el Serapeum, era magnífico.
— ¿ De dónde venia con su jinete?
— De la Mecá, probablemente.
— ¿ Y á dónde iban?
— Volvian sin duda al Djebel-Hoggar, en el Soudan, al país de los *velados*, los *senahdja*; á esa comarca amada de Dios y lejos de los sultanes.

Esto pensaba yo al ver que un momento despues desaparecian mehari y jinete como una flecha en medio de la nube de polvo que levantaban. El orgulloso tuareg queria sin duda deslumbrarnos con la velocidad de su montura. Y lo logró, pues aun estoy deslumbrado, y creo que aun se hablará de él en el Serapeum.

Despues de haber visitado los talleres y empleado diez minutos en extasiarme delante del hermoso *velado*, subí al punto mas alto de la planicie para disfrutar á gusto del magnífico punto de vista que se ostentaba á mis piés.

De lo alto de las dunas, y mirando por la parte de Suez, distinguí abajo de la zanja el canal marítimo que

se dirige en linea recta hácia los lagos Amargos.

A la izquierda el desierto inmenso, bañado por el sol, se extiende hácia las montañas de Siria. Diríase que los rayos del sol danzan una zarabanda desenfrenada sobre una inmensidad de agujas cuyas puntas figuran los granos de arena. Parece que la arena está en fusion. La reverberacion deslumbra.

A la derecha el desierto igualmente. Pero aquí el aspecto nocturno y el fondo gris amarillo de las arenas se halla interrumpido por las matas de una vegetacion particular, de esas arenas cuyas últimas ondulaciones espiran al pié del Djebel-Geneffé.

Enfrente la cuenca de los lagos Amargos y el desagüe que sirve para llenarlos, pegado al último cerro que limita los terrenos mas altos que el nivel del mar. La cuenca tiene como 100,000 acres de superficie.

La entrada del Mediterráneo en los lagos Amargos se hizo solemnemente, en presencia del virey de Egipto, Ismail I: ya dimos el dibujo á su debido tiempo, y por lo tanto es inútil hablar mas de esta ceremonia, que se efectuó en febrero último.

Mes y medio despues volví á los lagos Amargos para darme cuenta de la absorcion, y las noticias que pude obtener me convencieron de que los recelos que inspiraban las filtraciones eran exagerados. Como se habia previsto, los terrenos se habian embebido hasta la capa en que los sondeos habian dado á conocer la presencia del agua, y aun esta absorcion habia disminuido mucho por la poca permeabilidad que presenta el suelo arcilloso que cubre casi toda la extension de la cuenca.

La experiencia diaria desvanece pues, las sombrías predicciones que se habian hecho. El ingeniero inglés John Fowler, que acompañaba al príncipe de Gales en su viaje á Egipto, lo reconoció así publicando su opinion en el *Times*: « Los dos mares, dice, mezclarán sus aguas en el cáuce del canal, que podrá conservar perfectamente el elemento líquido. »

Y sabidó es que los ingleses han tardado tiempo en convertirse á la idea de M. de Lesseps. R.

Los dos millonarios

POR ZSCHORKE, TRADUCIDO DEL ALEMAN.

(Continuacion.)

Todos los ministros, consejeros, condes y barones le convidaban á porfia á sus banquetes y tertulias; hasta el elector tuvo la condescendencia de hablarle con mucha afabilidad en una reunion de grandes y señores de la corte. Pero todas estas demostraciones de afecto, todas estas lisonjas eran odiosas para Casimiro, porque estaba viendo que se encaminaban, no á su persona, sino á sus supuestas riquezas. En los halagos de grandes y chicos asomaba la bajeza de los que no estiman á sus semejantes por lo que son, sino por lo que tienen. Y en verdad que no pocas veces tenia que vencerse para seguir con la asquerosa burla adelante por dar gusto á su amigo Duncan.

Este, que, como se ha visto, se complacia en la burla, empezó á divulgar voces alarmantes sobre las enormes pérdidas que habia padecido Casimiro, añadiendo que con todo esto le consolaba la certidumbre en que estaba de haber granjeado en la corte amigos poderosos que lo sacarian del atolladero en que se veia. Dió á entender además que la compra de la hacienda le tenia fastidiado, porque no sabia de dónde sacar fondos para pagarla; anduvo buscando comprador para el coche y los caballos.

Figúrese el lector cómo hablarían las gentes de esta mudanza: así es que á los pocos dias ya nadie dudaba de la pobreza de Casimiro. Para completar la funcion anduvo Casimiro buscando recomendaciones entre sus amigos para alcanzar un empleo; y los mismos que veinte y cuatro horas antes le agobiaban con sus cumplimientos y protestas de amistad, le miraban asustados y perplejos: unos le volvian groseramente la espalda; otros se reian en sus barbas de su quebranto; otros se excusaban cortésmente; mas ninguno tuvo para él dinero, amistad ni recomendacion.

Pero esta mudanza para nadie fué tan fatal como para el viejo Romano. Fué un enviado de Duncan á pedir al droguero una fianza sobre el pago de la hacienda de Buenavista. Es verdad que Romano no habia firmado ninguna obligacion; pero á trueque de acelerar el negocio y ganar el corretaje, habia dicho verbalmente que en caso necesario salia garante del pago; con todo, no habia sido tal su intento. Los rumores que corrian sobre las pérdidas de Casimiro le habian causado una ansiedad mortal; pero ahora, cuando fueron á pedirle el dinero como fianza, vino á perder casi enteramente el juicio; así es que á las pocas horas de la visita del que fué á reclamarle el importe de la venta, le dió un ataque apoplético, de que murió en poquísimo tiempo, porque se negó absolutamente á llamar al médico.

XIII.

Esta muerte repentina varió enteramente el aspecto de las cosas, pues el viejo avariento dejó una fortuna inmensa, y mayor aun de la que se esperaba. Así que de hecho se halló Casimiro millonario. Duncan, tan mi-

sántropo casi como Casimiro, habia resuelto pasar la vida con su amigo y separados de los hombres, en la quinta solitaria de Buenavista, que pagó Casimiro á Duncan con parte del dinero del suegro, pues era ya tan rico casi como el inglés, sin que por esto se menoscabase en lo mas mínimo su estrecha amistad.

Con esta mudanza sobrevino otra no menos repentina en la conducta de las gentes con Casimiro.

— ¿ Vaya, que ha sido ocurrencia! decian así los grandes como los chicos, y redoblaban sin rubor sus visitas y lisonjas con mil protestas de amistad sempiterna y atentos convites á bailes y banquetes.

Entonces dijo Casimiro á Duncan y á su esposa:

— Ya estoy cansado de tanta bajeza: ven, Carolina, ven, Duncan, á la soledad amable, lejos de esa turba vil y rastrera. Ya no puedo aguantar por mas tiempo; bastante me han engañado: ¿ qué hay que hacer con esas gentes? ¿ Para qué hemos de seguir siendo testigos de su codicia y ruindad? Sé mas sabio que Salomon, mas perfecto que un ángel; tu sabiduria y virtud, si no tienen por pedestal montones de oro, te granjearán entre estos bárbaros el baston del mendigo ó la picota. Pero el oro da nobleza al esclavo, santifica al malvado, convierte las furias infernales en gracias, y al mentecato en el primer hombre de la nacion.

Tan pronto como hubieron arreglado todo lo concerniente á la herencia y vendido la tienda y especias del viejo Romano, se encaminó Casimiro con su consorte y su amigo á la quinta de Buenavista, y no volvió mas á la ciudad.

Unos seis años despues de estas ocurrencias, llegué á la capital del electorado, donde sabia que mi amigo Casimiro habia estado trabajando de meritorio. Celebré pues, poder abrazar á un amigo de universidad, y con este deseo pregunté por él. Dijéronme que residia en Buenavista, que iba amontonando dinero, que vivia como un salvaje, y que no trataba con nadie.

Tomé un carruaje y me encaminé á Buenavista, anticipando allá en mi imaginacion el gozo con que iba á abrazar á un amigo á quien queria entrañablemente. Llegué luego á una quinta hermosísima, rodeada de bosque, huertas y jardines; y me salió al encuentro un criado que me dijo que sus amos se habian ausentado, y que tardarian algunos dias en volver. Regresé á la ciudad bastante mortificado con la inutilidad de mi viaje. Dejé pasar ocho dias y volví allá, pero sucedióme el mismo chasco. Quejéme en una tertulia de la inutilidad de mis idas á la quinta de Casimiro; riéronse algunos y me dijeron:

— Aunque vaya Vd. veinte veces, le sucederá lo propio; no admiten á nadie absolutamente: con anteojos de larga vista ven las visitas que se acercan, y luego las desvian. Todos los dependientes de Buenavista tienen orden de avisar inmediatamente á sus misantrópicos amos luego que divisan un forastero en la lejanía.

En vista de esto, por la mañana siguiente escribí una esquela á Casimiro, rogándole que, en atención á nuestra antigua amistad, tuviese á bien exceptuarme de la regla general. Contestóme amistosamente, asegurándome que para mí estaria siempre en casa; señalóme dia y hora para pasar á Buenavista.

Al llegar al jardin, salieronme al encuentro entrambos esposos, recibéndome con una franqueza y cariño que no esperaba despues de lo sucedido; presentáronme á su amigo Duncan, y al cabo de un cuarto de hora éramos amigos íntimos. Reinaba en aquella quinta un lujo y buen gusto peregrino. Veíanse en una biblioteca selecta las mejores obras de los escritores antiguos y modernos; todas las paredes de las salas y aposentos estaban adornadas de pinturas exquisitas y de los artistas mas sobresalientes; tambien habia una sala para conciertos: y para darme gusto me dieron uno muy superior á los que dan los aficionados. Casi todos los criados de la casa eran buenos músicos, desde el secretario hasta el cazador y el jardinero. Casimiro tenia dos niños hermosísimos: Duncan no se habia casado y estaba resuelto á permanecer soltero.

— ¿ Y sois efectivamente felices en este hermoso retiro? les pregunté una tarde, mientras estábamos sentados juntos en el jardin.

Casimiro se sonrió y dijo:

— ¿ Por qué no? Aquí nos estamos labrando un mundo para nosotros: nuestra felicidad consiste en no saber nada de los demás. Nosotros y nuestros hijos nos bastamos; con el mundo de afuera nada tenemos que hacer. Por los periódicos y gacetas quedamos hartos enterados de lo que hacen los mentecatos. En contra nos sirve de consuelo lo que han escrito é inventado los hombres dotados de númen, así en la antigüedad como en los tiempos modernos. Rodeándonos está todo lo hermoso y sublime que pueden dar la naturaleza, el arte y las ciencias. ¿ Qué le está faltando á este cielo? Cierlo que toda relacion con los hombres ruines, corrompidos hasta los tuétanos y egoistas, empañaría la pureza de la paz que aquí disfrutamos, contaminándonos con su hábito ponzoñoso. ¿ Venturoso pues, el que de todo puede desprenderse y vivir por sí solo para mirar el mundo y sus desafueros como una comedia lejana!

Estas palabras nos condujeron á hablar de las relaciones y dependencias del sabio respecto de la sociedad humana; y entonces fué cuando Casimiro me refirió su historia y la de Duncan, como yo acabo de contarlas.

— No obstante, contando como cuentas con tan ricos medios, dije á Casimiro, ¿ cuánto bien no pudieras hacer á los hombres que te rodean! Y ¿ no aumentarías tu propia felicidad, si en vez de destinar todas tus

riquezas á labrarte un paraíso, procurases ensancharlo y extenderlo para otros?

Al oír Casimiro estas palabras, meneó tristemente la cabeza, y dijo:

— ¿Qué quieres? con oro no se labra la felicidad de nadie, sino con sábia actividad, con comunicaciones de ideas y pensamientos; y esto nadie lo pide ni lo desea. ¿No he sacrificado ya inútilmente los años mas floridos de mi vida con la esperanza de granjearme amor y consideración? ¿No están dominando, así en los palacios como en las chozas, la disolución, la vanidad y la codicia? ¿Acaso están buscando en los Estados grandes y pequeños á los hombres dotados de mayor talento y honradez para colocarlos á la cabeza de los negocios, y no se afanan mas bien tras el dinero, el nacimiento ó el linaje? ¿No son generalmente los tramovistas mas despreciables los que se encaraman sin rubor á los puestos mas encumbrados, rechazando á los mas dignos? ¿No se vieron siempre perseguidos por el pueblo y por el trono los hombres que fueron el blason de la humanidad? Y ¡por tales viles y malvados sacrificaré yo mi quietud, trocando mi felicidad sosegada por sueños sin sustancia! Yo amo al hombre, pero desprecio de corazón á los hombres.

Al decir estas palabras, Casimiro se habia ido enardeciendo en extremo, y su consorte y Duncan eran del mismo sentir. Conoció que no estaba en mi mano contrarrestar aquella misantropía tan arraigada, y por tanto enmudeció; hasta cierto punto tenían razón; pero el caso es que creían tenerla sin contraste: no podia yo demostrarles su equivocación sin afligirlos, pues luego eché de ver que eran de índole muy sensible. Si Rousseau hubiese sido millonario, hubiera vivido en Francia como Casimiro en Alemania, con el corazón llagado; y todas sus riquezas solo hubieran sido en sus manos un instrumento y un medio para dar mayor desahogo á sus egoísticos sueños.

SEGUNDA PARTE.

Varios y aun encontrados fueron los pareceres de los circunstantes sobre la historia que nos acababa de referir el señor R... Y aunque todos convinieron en que el menosprecio de Casimiro para con el mundo y su retraimiento en medio de sus riquezas venían á ser una especie de venganza con que se desagráviaba por no haberle conocido y estimado en lo que valía, ó un efecto del rencor que le infundiera la maldad de los hombres en general; y si bien confesaron todos que Juan Jacobo Rousseau, millonario, hubiera sido el mismo Juan Jacobo Rousseau, no obstante, en otros puntos discordaron los oyentes: así es que unos ataban á Casimiro por su retraimiento del mundo, que llamaban su seguridad individual; y otros atribuían esta conducta á egoísmo y á orgullo ofendido. Sobre esto se acaloraron todos; y uno de los parciales de Casimiro exclamó:

— ¿Quién de nosotros no obrara del mismo modo que Morn, si le hubiese cabido la misma suerte y las riquezas que al fin obtuvo por su mujer? Contemplemos á los hombres en general, desde los mas encumbrados hasta los mas humildes; ¿cabe ralea mas despreciable? ¿Cuán reducida es la excepcion de las almas generosas con quienes puede uno hermanarse, y que no consideran su propio interés como el móvil del mundo entero! En verdad que no cabe tildar de misántropo al que juzga y toma á los hombres como son en realidad, y procura mantenerse lejano de ellos porque apelece la paz del alma. ¿Creen Vds. (y hablo ahora de la turba de los hombres) que ninguno de ellos ame mas que á sí propio? ¿Creen Vds. que aprecian la virtud, la ciencia, el mérito, y que obran por tales motivos? Nada de eso. El dinero es el importantísimo móvil de la sociedad, juntamente con el concepto mas equivocado del honor. Con intrigas, adulaciones, mentidas protestas, parcialidades, banderías y empeños de mujeres se encaraman los hombres por lo mas á los puestos mas elevados, por donde se ven allí tantas cabezas huera. Y ¿qué diremos del modo vil con que endiosa la turba al que está sentado en el puesto superior? Las gentes tienen la religion en los labios; pero en balde la buscaremos en el corazón y en las obras. ¿Dónde está el hombre que sacrifique haberes y la misma vida por una idea santa y generosa! Desengañémonos: todo conspira al engaño, todo es apariencia, así en la iglesia como en la corte, así en las ciudades como en las aldeas. Seguramente que entre millones de hombres no tropezaremos con ciento á todas luces apreciables. Confesemos tambien nosotros, que aquí estamos reunidos, que no valemos lo que aparentamos. Ya veo que se están Vds. burlando de mí, y que allá en sus adentros piensan que por ser mozo no conozco al mundo. Pero por lo mismo que soy jóven, me cabe mayor derecho para juzgar á los demás, porque todavía traigo conmigo la independencia y sencillez de la infancia: cuando tenga algunos años mas, ya serán mis juicios menos verdaderos y exactos, porque no en balde me rozaré con el vicio; algo se me ha de pegar de los conceptos equivocados que tiene el mundo sobre la política moral y religiosa. Solo los niños son ingenuos: mas no así el hombre mundano, y si lo aparenta, será un comediante.

Estas palabras dieron lugar á nuevas disputas, cuando el señor R... siempre moderado en sus dictámenes, nos

recordó la segunda historieta que nos habia prometido, y todos callaron para escucharle.

I.

Regresando yo de Amsterdam, dijo el señor R..., mientras iba muy gozoso de haber desempeñado satisfactoriamente una comisión que me diera el gobierno, rompióse inopinadamente una rueda del coche, que en su vuelco hirió levemente á mi criado y al postillon, y yo tuve la fortuna de salir ileso. Recogímonos lo mejor que pudimos, en una posada inmediata, donde empezamos á deliberar sobre lo que habia que hacer para reparar aquella avería. El mesonero, que, como ya se deja entender, era de la consulta, me aconsejó que, componiendo el coche lo mejor que cupiese, pasase con él á Hard, visto que en muchas leguas á la redonda no habia un carretero mas hábil que el de aquel pueblo. Mi criado estaba mal trecho, y por de pronto temí que tenia el brazo roto; enviamos por el médico del pueblo cercano, quien acudió luego, y dijo que no siendo mas que médico, y habiendo muerto el cirujano dos semanas hacia, no se atrevia á hacer la operación por no estar práctico en ella.

— Pero lo mas acertado, prosiguió, será que vayan ustedes inmediatamente á Hard, donde hay un habílísimo cirujano.

— Pero ¿qué pueblo es ese de Hard? pregunté al doctor.

— Una aldea que solo dista de aquí una hora escasa.

— Pero ¿por qué los mejores carreteros y cirujanos de esta tierra viven en las aldeas y no en las ciudades, como en otros países?

— Yo le diré á Vd.; hay en aquella aldea un visionario, ó mejor diré, un mentecato, que está echando el resto para convertir en ciudad el pueblecillo. Lo que es dinero no le falta, pero es un avariento, un roñoso, y esto que solo en haciendas tiene un caudal, en una palabra, es un millonario. Yo le conozco muy bien, pero no le trato, y entre nosotros le apellidamos el loco.

— ¿Y tambien hay posadas en Hard?

— ¿Pues no ha de haber? y mejor que esta. El loco que allí se está ha construido junto á la posada unos baños magníficos, que son muy concurridos; pero aquel hombre está arruinando aquel establecimiento, pues el médico que ha colocado en él es un ignorante, un charlatan que no entiende una jota en medicina.

Despidióse el doctor despues de haber hablado largamente sobre la aldea de Hard y su dueño; y como en resumen y por lo visto habia en Hard el mejor cirujano, el mejor carretero y la mejor posada de aquellos contornos, resolví pasar allá con el criado y el coche.

Al dia siguiente se avió el coche lo mejor que se pudo, metimos dentro á mi criado, que estaba padeciendo mucho de la herida, y empezó á andar con dirección á Hard. Pero yo preferí hacer el viaje á pié.

II.

A media hora escasa de la ciudad mejoró repentinamente el camino; á entrambos lados de la hermosa

carretera habia varias hileras de árboles frutales; los campos estaban perfectamente cultivados; todo el paisaje me iba pareciendo mas y mas hermoso, y hasta la yerba de los prados era mas verde y lozana.

Presentábase ya ante mis ojos la aldea, compuesta de lindas chozas separadas unas de otras, y rodeadas de árboles frondosos, y en medio se alzaba la iglesia sobre un altozano. Aquella distribución de las viviendas, su elegancia, la hermosura del cultivo, todo me pareció muy aventajado á lo que hasta entonces habia visto en aquel territorio.

— Estais aquí viviendo como en un paraíso, dije á un labrador ya anciano que iba detrás de mí hacia la aldea, de vuelta de la ciudad. En verdad que la tierra, hasta donde alcanza la vista, es de lo mejor que se puede dar.

— A Dios gracias, contestó el labrador, no es eso lo que nos falta.

— ¿Pero por qué está tan diseminada vuestra aldea y no está toda reunida como las otras?

— Harto lo siento yo. Habrá unos quince años que nuestra aldea quedó reducida á cenizas, y tras aquella desgracia tuvimos que reedificarla, como la estais viendo ahora, porque así lo mandó el gobierno. Y en verdad que no cabe imaginar disposición mas fastidiosa; pues todos los domingos he de andar un buen cuarto de hora para llegar á la iglesia, cosa que para los ancianos y los niños viene muy cuesta arriba, y mas cuando el tiempo es lluvioso. Otros muchos tienen que andar aun mas que yo.

— Pero ¿cómo se prendió fuego á la aldea?

— Solo Dios puede saberlo; no digo nada de las habillitas que cundieron por la aldea; y aun hoy dia hay muchos que sostienen que el autor del incendio fué el alcalde; con todo no seré yo quien lo sostenga.

— Eso fuera una acción abominable de parte del alcalde.

— No seria esta la primera: es un hombre sin entrañas: harto consta á todo el mundo: conmigo tambien ha hecho de las suyas. Vino á esta aldea de maestro de escuela, y al cabo de poco tiempo logró que el gobierno le nombrase alcalde: pues es un zorro que no tiene igual en mil leguas á la redonda.

— Pero será riquísimo.

— Ya lo creo, es un millonario; pero á nadie da un maravedí, y vive mas miserablemente que un pobre jornalero. Con todo, cuando le sobrevienen sus manías, tira el dinero con entrambas manos; así es que se está arruinando muy de prisa con sus necesidades.

De este modo me entretuve un rato con el anciano, hasta que tomó un atajo que atravesaba la pradera.

El paisaje era tan ameno, y así estoy por decir tan idílico, que para disfrutar de él mas á mi sabor, me senté sobre una piedra debajo de un nogal. ¡Cuán venturosos pudieran vivir los habitantes de esta aldea! iba diciendo entre mí. ¡Qué lástima que el diablo meta por donde quiera la discordia! ¿Por qué envió el gobierno á esta linda aldea un mal hombre que trastorna la felicidad de estas buenas gentes?

Mientras hacia estas reflexiones, se me acercó una mujer, y por pasar el rato trabé conversacion con ella.

— Buena mujer, la dije, ¿dónde está la posada de esta aldea?

— Vaya Vd. siguiendo la carretera, á mano derecha cerca de la iglesia; yo soy la mesonera.

— Me alegro; pues desde luego podré saber de vos misma si quereis hospedarme por algunos dias á mí y á mi criado.

— Yo no tengo la casa en disposición de hospedar señores; para esto será preciso que suba Vd. á la posada de mas arriba, adonde acaba de llegar un coche roto, que presumo será de usted.

— Siento que no me podais hospedar; pero ¿dónde está la otra posada?

— ¿Ve Vd. aquella casita blanca en aquella altura con ventanitas verdes? aquella es la casa del alcalde, y allí cerca está la posada para los forasteros.

— ¿Acaso seria tambien del alcalde?

— Sí y no, pues todo es suyo y no es suyo. Pero de todos modos él fué la causa de haberse construido la posada.

— Poca ganancia os dará á vos aquel pensamiento.

— Claro está que ninguna; y desde que él dispone de los negocios de la aldea, he venido á perder la mitad de mis antiguos parroquianos. Dios se lo perdone, pues me ha causado muchísimo daño. Bien es verdad que esto no me hubiera sucedido, si yo me hubiese sujetado á sus caprichos, como si fuera criada suya; pero no lo ha conseguido, porque, á Dios gracias, tengo con que pasar, y no quiero depender de nadie.

Al llegar aquí, me enseñó un sendero que atravesaba los campos, dijo que aquel era el camino mas breve para llegar á la posada, y se despidió.

Despues de haber tomado aquel atajo, vi salir de una casa cercana un labrador bastante bien puesto, y enfadado al parecer. Seguíanle una anciana toda llorosa y un mozo que se despedían de aquel hombre enojado.

— Usted tiene mucha razón, señor alcalde, dijo el mozo, dando la mano al labrador; hartas veces he prevenido á mi madre.

— Vamos, replicó con mucha gravedad el alcalde, que me pareció un hombre de cuarenta años, por esta vez seré indulgente.

La anciana le aseguró que en adelante estaria contento, y el despótico aldeano siguió su camino.

Casualmente tomó el mismo sendero que yo seguía para llegar á la posada: y movido por la curiosidad, me paré para ver de mas cerca á un hombre de quien

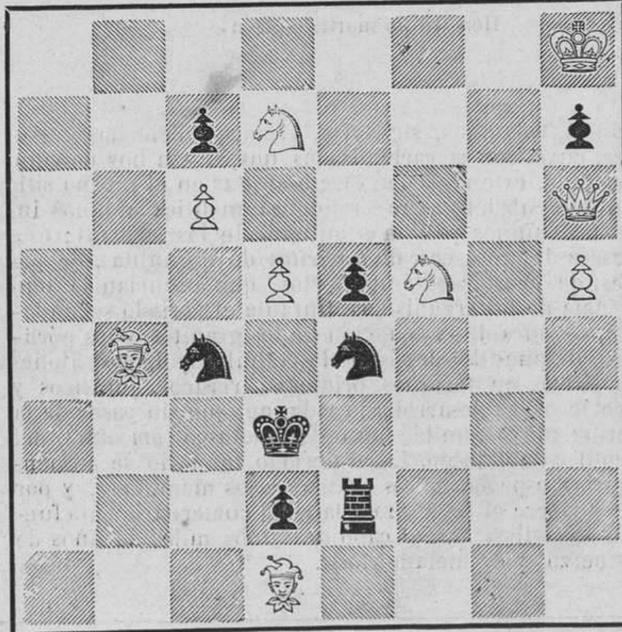
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 300.

- 1 C 4ª R P toma T jaque
- 2 T toma C jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 301, POR M. ARMAND DEMAZURE.

NEGRAS.



Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

todo el mundo estaba hablando. Pero luego, reflexionando que aquel hombre se había enemistado con todos sus paisanos, y que en aquel momento acababa yo de ser testigo de su áspera conducta, resolví seguir mi camino por no conocerle.

III.

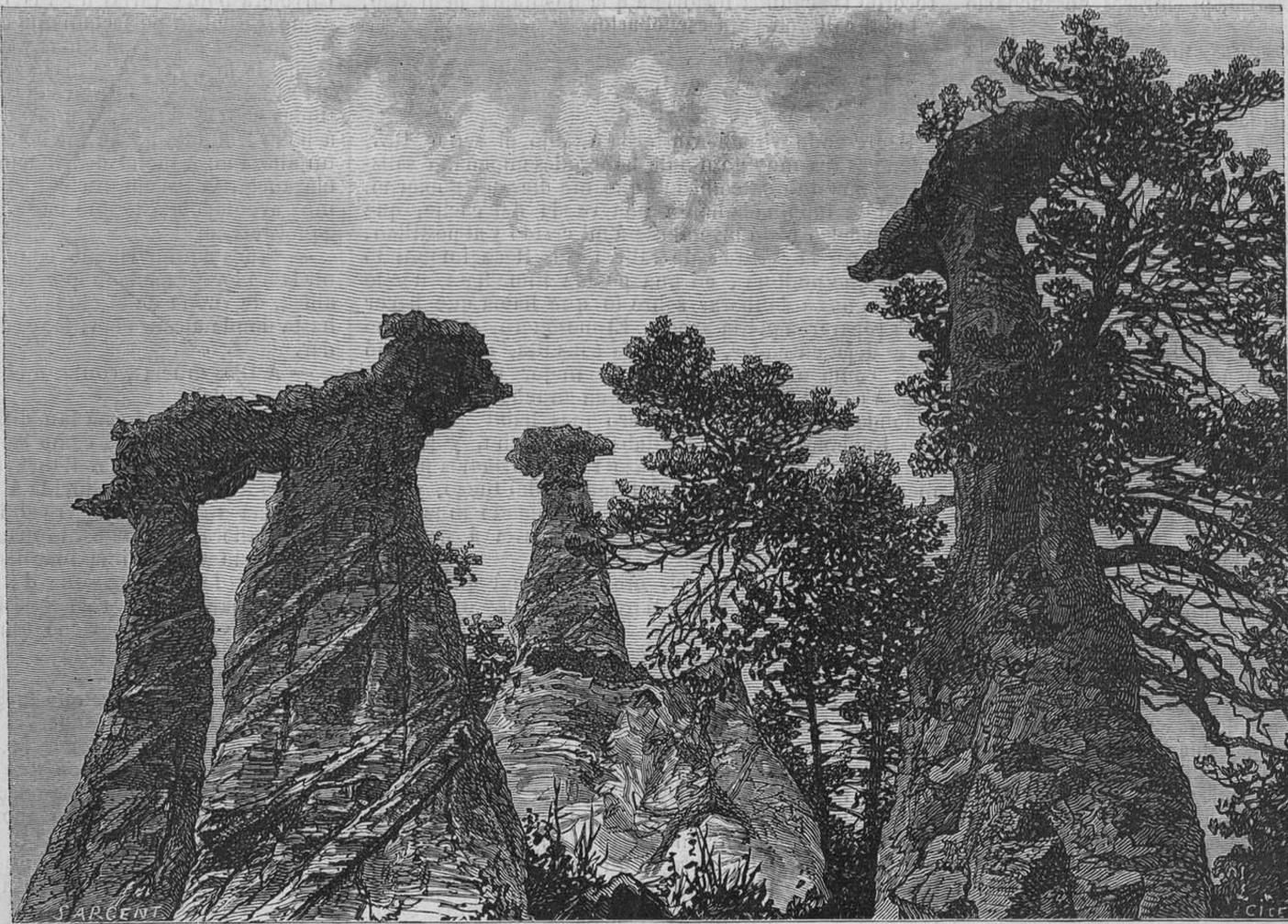
Pero á pesar de mi propósito, me alcanzó luego, me saludó y yo hice otro tanto. Habléle del tiempo y de la fertilidad de aquel terreno. Contestóme con mucha modestia, y habló con tanta propiedad y elegancia, que desde luego eché de ver que había recibido una educación esmerada.

Hablando del terreno, dijo muy secamente, que no era ni mejor ni peor que el de toda la comarca, pero que era mejor cultivado que en otras partes; y manifestándole yo mi extrañeza sobre el particular, replicó:

— Cada propietario vive aquí en el centro de sus haciendas, y por tanto se halla en estado de verlas y cultivarlas mejor.

— Pero ¡y esa pradera tan lozana! le dije.

— Quizás no habrá Vd. reparado, contestó, que todos



Piedras del territorio de Colorado, en los Estados Unidos de América.

los prados están reunidos y regados. En otros parajes pudieran hacer lo mismo; pero las gentes son holgazanas é ignorantes. Por donde quiera es la naturaleza una madre cariñosa; pero el hombre no se toma la molestia de estudiarla, y solo sigue sus preocupaciones.

Esta observación atinadísima me pareció muy filosófica para un maestro de escuela, y aun para un alcalde. Así que, me paré á mirarle, y en verdad que á pesar de su chaqueta de labriego, su sombrero de paja y su rostro tostado por el sol, me pareció un hombre muy reparable en su porte y por la nobleza de sus facciones.

El alcalde me clavó también la vista por algunos instantes, y luego prorumpió diciendo:

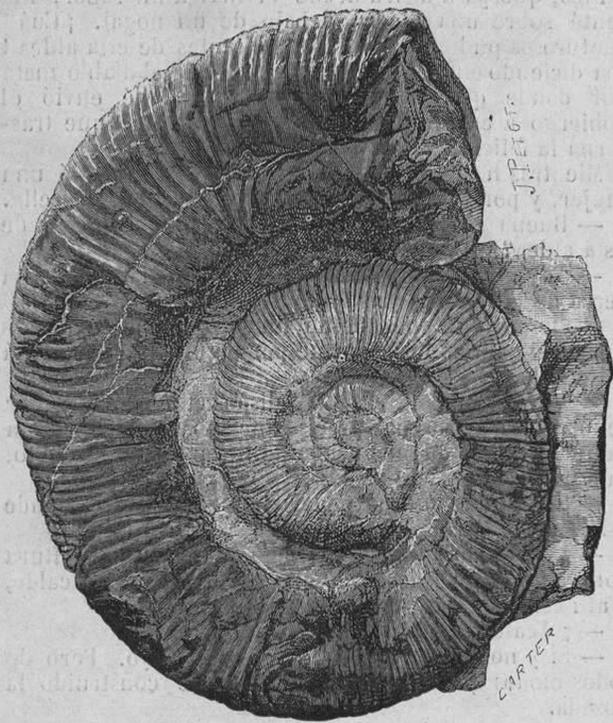
— ¡Usted será el señor R..., ó!...

— El mismo, contesté atónito, y empecé á mirarle con mayor atención.

— ¡Hola! ¿con que has venido á verme, buen mozo?

Yo quedé como asombrado, pues por mas que escuchaba sus facciones, no me acordaba de haberle visto jamás. Mas él sin soltarme la mano, antes bien, estrechándola con mayor ahinco, prosiguió:

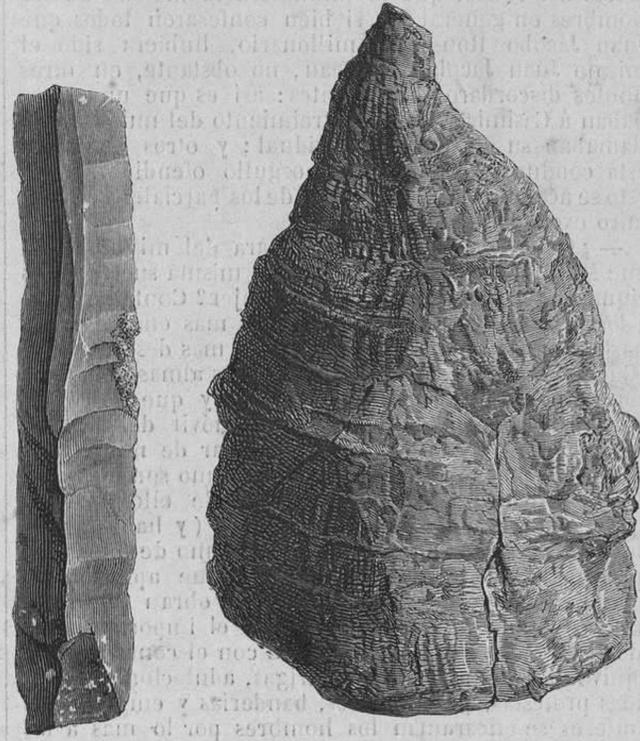
(Se continuará.)



Amonita petrificada.



Herrero de martillo-pison.



Cuchillo de sílex.

Hipurita petrificada.

Historia de las piedras.

La historia de las piedras es la historia del globo: las rocas son las guardianas de nuestros archivos terrestres. De esos basaltos pulverizados por los mares, de esos granitos, de esos pórfidos que mellan el hierro, de esas cosas inertes se han desprendido la vegetación y la vida. No se cansa uno de contemplar las grandiosas evoluciones de la sustancia: la tierra, partícula de gas inflamado caída del sol; la bola ardiente ahogada en los vapores acuosos, crispando sus escorias fijadas por el enfriamiento de su superficie; luego la evaporación lenta de los mares descubriendo las primeras rocas eruptivas, cuyos restos forman miríadas de animales microscópicos flotando en las aguas, y depositados en bancos sobre los cuales se asientan continentes; esas plantas

fósiles, calamitas, sigilarias, cicádeas, helechos gigantes, cuyas selvas carbonizadas nos sirven hoy de combustible, extendidas en largos *stratus* en el mismo sitio en que cubrieron con su sombra mística algunos insectos dañinos y el mas antiguo de los lagartos; esos rescos de moluscos, de *hipúritas* de numulitas, de peces, de crustáceos imperfectos, que anuncian la tendencia de los organismos. Durante el período secundario, despues de la erupción de los granitos y los pórfidos, despues del depósito de la hulla y de los filones metálicos en terrenos primeros, triásicos, jurásicos y cretáceos, se desarrolla la vida, aunque sin pasar de la forma muy humilde aun del molusco (*amonita*), del reptil y del anfibio. En el período terciario se aumentan las especies de los pájaros y los mamíferos, y por fin aparece el hombre en la edad cuaternaria para fundar la civilización, al cabo de tantos miles de años de esfuerzos y de metamorfosis.

Esto dice M. Simonin, tan conocido por sus viajes, sus trabajos científicos y sus conferencias; así nos demuestra lo que debemos á las piedras, cómo de tal roca depende el territorio de un país, las costumbres y el carácter de sus habitantes. Describe las riquezas minerales de la Francia y nos hace asistir al prodigioso trabajo de esos altos hornos que devoran al dia 180,000 kilogramos de materiales, y entregan al herrero rios de fundición que el martillo-pilon reduce á barras, así como nos habla tambien de los lapislázulis, los mármoles, etc. ¡Ha visto tanto en sus viajes á la isla de Elba ó á Carrara, ó al Colorado, donde hay trozos de piedras de formas tan extrañas, que son el ornato de *Monument-Park*! Damos aquí algunas de estas muestras, que en la Historia de las piedras son otras tantas curiosidades.

A. L.